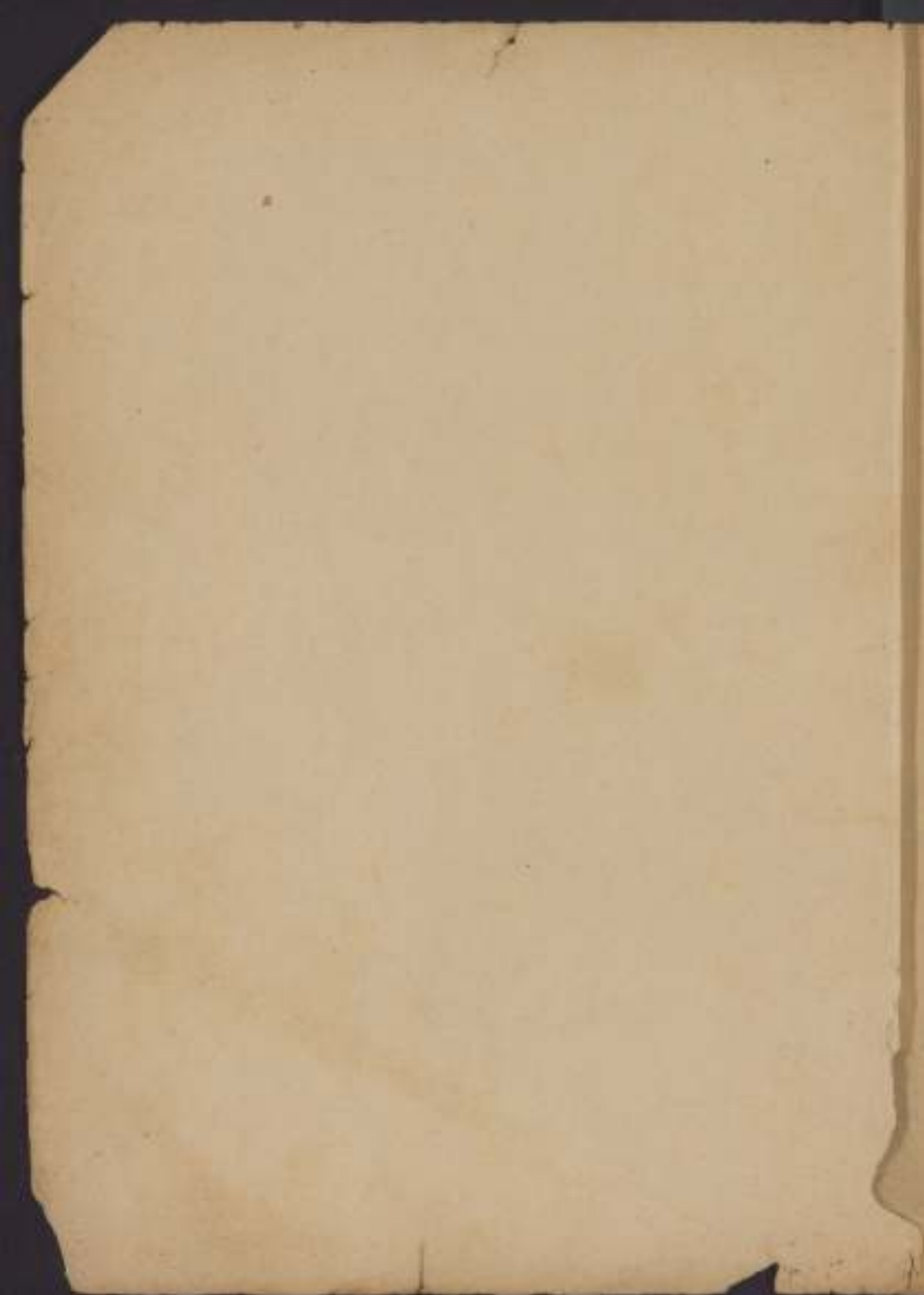


EL VALIENTE

A vintage book cover illustration. On the left, a man with dark hair and a serious expression looks slightly to his left. He is wearing a dark blue, button-down shirt. On the right, a woman with dark hair, wearing a red beret and a red jacket with a light-colored fur collar, looks up at the man. The background is a plain, light-colored surface. The overall style is that of a mid-20th-century book cover.

JUAN TORENA

EDICIONES BISTAGNE



EL VALIENTE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 15551 - BARCELONA

El Valiente

Emocionante asunto totalmente hablado en español

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)

Exclusiva de
HISPANO FOXFILMS, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Juan Torena
Angela Benítez
Carlos Villarrias
María Calvo
etc.

EL VALIENTE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La lluvia de proyectiles iba cayendo sobre las trincheras norteamericanas. Junto a los sacos de arpillera los soldados vigilaban con los fusiles apuntados hacia el enemigo. Sus ojos espiaban el campo adversario, anhelando que saliesen aquellos topos agazapados en la tierra para harrerles con la acción mortífera de las armas.

Era a media tarde de un día invernal, frío y ventoso. Los soldados que llevaban largas horas en sus puestos de vigilancia anhelaban el relevo que les devolvería a la paz problemática de los subterráneos de la trinchera. En aquellas

viviendas improvisadas y frágiles, enterradas a gran profundidad como hogares de trogloditas, el peligro era relativamente menor que al aire libre bajo la calma del cielo, por donde la muerte, en forma de obús, amenazaba con cortar las vidas juveniles de los guerreros.

Y así, un día y otro día, y un mes y otro mes, sin ver casi nunca al enemigo, pero sufriendo los efectos de su violencia. A veces las viviendas subterráneas eran enterradas más y más, bajo el estallido brutal de unos obuses, y los soldados, con una paciencia de negros, tenían que reconstruir lentamente esas miserables construccio-

nes manchadas de barro y de sangre.

Lo doloroso era cuando, con desdichada frecuencia, las ametralladoras y fusiles alemanes causaban víctimas y en pocos segundos hacían enmudecer con la rapidéz de la muerte a pobres soldados ansiosos de vivir.

Los que quedaban indemnes todavía, veían alejarse sobre las sucias camillas a los compañeros inmolados, muertos ya o que se agitaban con la desesperación de una agonía lenta.

¡Trágicas horas! Era mejor no pensar en ellas y creer en sobrevivir. Su juventud hacía el milagro de que muchos soldados permaneciesen alegres y resignados en este infierno del mundo, pero otros habían envejecido de repente bajo la dramática experiencia de una realidad cruda y espantosa.

Entre los soldados que aquella tarde se hallaban de centinelas figuraba Tony, al que algunos conocían también por "El Taciturno". Aparecía siempre sumido en hondas preocupaciones, como si todo lo que veía le afectase de modo particular. Su carácter no sufría esos altibajos, esas mezclas de ale-

gría y desaliento tan comunes al militar en la guerra: permanecía inalterable, con la frente simpática y juvenil surcada por las arrugas de la meditación. Apenas sonreía: cuando quería hacerlo esbozaba una mueca amarga y triste de hombre desilusionado.

Tony se agitó levemente en su puesto, miró su traje grasiento de cieno y exclamó, contemplando a sus compañeros con sus ojos suavemente fatigados, donde brillaba una decisión varonil:

—¡Cuándo llegará ese relevo maldito!

Buck, otro de los soldados, contestó con voz entronquecida por el frío:

—¡Cuarenta y ocho horas de un tirón, sin descanso! ¡Esto es un infierno!

Hubo una pausa. Escuchóse de nuevo el tableteo de los proyectiles, una serie larga de detonaciones. Terminada esa racha inútil y ruidosa, volvió a reinar el angustioso silencio de la espera.

Luis, un muchacho de la última quinta, recién entrado en filas, que desde la vida de la Academia había sido trasladado a la línea de fuego, empezó a gritar, impulsado

por su sistema nervioso, débil e inadaptable a la emoción:

—¡Dios mío! ¡No puedo aguantar más! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡No puedo!

Una orden inapelable le hizo reaccionar:

—¡Calla, condenado!

Era el sargento de la sección, hombre que tenía el convencimiento de que nadie se escaparía de las balas y no podía comprender que aquel muchacho se rebelase contra su destino.

Enmudeció el novato, creyendo haber cometido una gran imprudencia, y Tony, mirándole con compasión, le dijo:

—¡Valor, compañero!

—Sí... sí... No me falta... Soy muy valiente.

Y no podía evitar un estremecimiento de miedo que le cosquilleaba de modo desagradable.

—¿Nunca va a llegar ese dicho so relevo?—protestó Buck—. Doce horas de retraso ya...

—Aquí la puntualidad es una mentira—contestó Tony.

—Créeme: si esto se termina algún día, me voy a pasar un año entero durmiendo.

—Y olvidarte de la guerra, ¿eh?

—¡Tú lo has dicho!

Tony arqueó las cejas y su frente tuvo una contracción melancólica.

—¡Quién sabe!... ¿Nunca se te ha ocurrido pensar en la huella que en nosotros dejará esto?

—No te comprendo.

—¿Para qué servimos ya en la vida la mayor parte de nosotros? ¡Sin ideales, sin ilusiones! ¡Deshechos!... Seremos muertos vivos... si es que vivimos.

—¡Y qué remedio! ¡Ojalá un día podamos escapar de esta cárcel!...

Interrumpieron el diálogo al escuchar un rumor lejano de voces que se iban elevando gradualmente.

Vieron una fila de soldados que ocupaba los sitios de vigilancia, relevando a los que durante dos días habían permanecido de pie incansables, como héroes de leyenda.

—¡Gracias a Dios! ¡El relevo!

—¡Gracias a Dios!

—¡Ya era hora!

—¡Este es el único momento agradable de la guerra!

Y los soldados, licenciados por breve tiempo del suplicio de cen-

tinelas, se dirigieron alegremente al interior de los subterráneos, extravagantes casas bautizadas con nombres pomposos y alegres, mansiones de vida efímera, pero donde encontraban el mismo grato descanso que si estuvieran en un gran hotel.

Para los soldados era el máximo de comodidad poder tumbarse sobre las literas, beber, comer, recordar, escribir a sus familias...

Ahora otros hombres velaban. Los nuevos centinelas vigilaban el campo enemigo.

De vez en cuando surcaba el horizonte la blanca nubecilla de los disparos, proyectiles mortíferos que lo mismo estallaban sobre unas piedras o una mata de arbustos, sin causar daño alguno, que se abrían sobre el cuerpo de un hombre, convirtiendo su maravilloso mecanismo en una trágico guiñapo.

La primera labor que realizaban los soldados al llegar al subterráneo era bañarse.

Se despojaban de aquellas prendas grasientas, audorosas, envejecidas por el continuo uso.

Con agua y jabón lavábanse los cuerpos entumecidos por la larga inmovilidad. Esa operación de aseo les servía de alegre entretenimiento y disputaban sonrientes con alborozo de colegiales.

Se quitaban el jabón, arrojábanse cubos de agua, procuraban ducharse mutuamente con una satis-

facción de hombres libres. La caricia del agua, tan reparadora y amable, les producía un irresistible cosquilleo de placer.

Volvíanse locuaces tras la tensión nerviosa y el silencio de la vigilancia. Alguna vez sonaban afuera los disparos, pero eso ya no les producía sensación, acostumbrados a ese fenómeno como a algo natural.

Uno de los soldados explicaba a los demás que le escuchaban, riendo sonoramente, las noticias que tenía de su casa. ¡Malas noticias, a fe!

—Pues nada: yo ya tenía mis sospechas... y no me he equivocado. El otro día recibo una carta de un amigo, en la que me dice que mi mujer anda con el alcalde del pueblo.

—¡Eso está mal! ¡Tu suegra no lo debía consentir!—contestó un camarada.

—¿Quién? ¿Esa víbora? ¡Ella es la que tiene la culpa de todo!

—¡Ja, ja, ja! ¡Te has lucido, chico!

—Y lo peor del caso es que están cobrando mi sueldo todos los meses.

Estallaron nuevas carcajadas. Nadie tomaba por la tremenda las cosas de los tiempos de paz.

—Eso te sucede por bruto—advirtió Pedro, un rudo soldadote—. Debías haber hecho lo que yo... En mi vida tuve disgustos con mi suegra.

—¡Porque no te habrás casado!

—Nada de esto... Muy sencillo... Me casé con una huérfana...

Siguió reinando la más bulliciosa alegría entre aquella juventud, que, después del baño, atacó la comida con la voluptuosidad del hambre atrasada.

Un soldado miró a Tony, que

estaba tumbado en su litera y que sin tomar parte en el desbordamiento juvenil aparecía abstraído en actitud silenciosa.

—Pero, ¿qué le pasa a ése? ¡Esta guerra le está trastornando!

Tony no contestó. Parecía no haber oído siquiera sus palabras. Su vida interior era más intensa y perdurable que todo lo que le rodeaba.

En el subterráneo apareció un soldado cargado de bultos.

—¡El cartero, muchachos!—dijeron varias voces.

Y todas se arremolinaron junto al recién venido, alargando los cuellos y los brazos, procurando recoger los paquetes, que no faltaban para nadie. Tony permaneció inmóvil en su sitio como si no tuviese siquiera la esperanza de que alguien le escribiera.

El cartero, un buen mozo sonriente, ufano de que su presencia fuera siempre nuncio de alegría, repartió las cartas y objetos leyendo con pausada calma los nombres de los destinatarios.

Con un temblor febril, los soldados os acariciaban los paquetes y los sobres, mirándolos bondadosamente como si estuvieran impregnados del alma de los ausentes.

—¿De quién es esto?—dijo el cartero—. Polin Mora...

—¡Aquí! ¡A ver!

El soldado cogió el paquete, lo abrió y frotóse las manos de contento.

—De mi vieja—exclamó.

Era una redonda torta que habrían seguramente confeccionado las buenas manos maternas.

—Tiene buena cara—dijo uno de los compañeros contemplando el pastel con voluptuosidad—. ¿Me convidas?

—¡Oh, sí! ¡No faltaba más!... Ven, vamos a partirlo.

Con sus manos quiso romper el seco pastel, endurecido por el tiempo y el aire.

—Con esto podrás cortarlo. Toma este cuchillo.

Y ni aun con la ayuda de la hoja de acero podía romperse esa especie de bloque granítico. ¡Buena dentadura se iba a necesitar y buen estómago para digerir aquello!

—Pero ¿qué? ¿No puedes?

—No, hombre. Está más duro que una piedra.

Mas, al fin, consiguió vencer la resistencia de aquel pedazo de ladrillo, que su propietario repartió

con una bondad fraternal entre sus hermanos de armas.

Uno de los soldados comenzó a reír y a cantar, dando muestras de intenso júbilo.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Qué noticias tienes?

—¡Pues algo muy importante, compañeros! ¡Al fin soy padre!—explicó.

Y se estremecía con una alegría loca, como si no ya le importasen tanto sus sufrimientos de campaña. Aunque muriese ya no estaba perdido su nombre. La paternidad le daba garantía de supervivencia; su sangre corría por otras venas a las que él infiltró vida.

Un camarada, dispuesto a sacarle chispa a cuantos acontecimientos se suscitasen, le interrumpió, bromeando:

—Padre, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Dínos: ¿de quién sospechas?

Por un momento el otro soldado palideció, temiendo ser una de las víctimas de la fiebre de inmoralidad que la guerra hace caer sobre las naciones, pero pronto se rehizo al exclamar:

—¡Calla... calla! ¿Desde cuándo estamos aquí?

—Pues desde abril.

—Abril, mayo, junio, julio, diciembre... ¡Je, je, je! No hay peligro, está bien.

Y, seguro de que el recién nacido no podía ser más que suyo, dirigióse a un rincón de aquella dependencia para leer de nuevo la carta de la esposa, plétórica de esperanza.

El fuego parecía haber cesado en el exterior, como si también a la misma hora un cartero alemán hubiese repartido la correspondencia entre los teutones y éstos, olvidando que eran soldados, pensasen únicamente en que eran hombres y tenían familia.

Los soldados habían enmudecido, dedicándose a la dulce tarea de contestar las cartas, de saborear otra vez la lectura de las páginas ingenuas donde estaban prendidos el amor y la sinceridad.

Era aquel su momento sentimental. Parecían alejarse de su existencia de hombres guerreros que tenían estúpidamente que matar y morir; olvidaban cuanto les rodea-

ba, la compañía de los demás hombres, el vaho fatigoso de una atmósfera de fuerte tabaco, los ruidos continuos del armamento...

No sentían deseos de escribir en sus cartas inflamadas arengas; no juraban ser héroes ni morir gloriosamente alentando a los demás, avanzando siempre, contentos de que su sacrificio sirviera para la gran obra nacional. Sus preocupaciones eran de otra índole: "Mamá, mamita, ¡cuánto añoro volverte a ver! ¡Cuida de mucho! Sabes bien lo perjudiciales que te son los inviernos. ¿Y qué hacéis por ahí? Y Elena, ¿cómo está? ¿Se ha casado? ¡Cuánto lo sentiría! ¡La recuerdo tan bonita como nunca!..."

Y así por este tenor, cartas sencillas en las que lo de menos era la guerra, una guerra que quizá ellos no comprendían, en la que no se debatía ningún interés suyo particular. ¡Ah, sí! Un gran interés... un trágico interés... ¡Su vida en peligro!...

* * *

Transeurría el tiempo con desesperante lentitud. A la entrada del subterráneo, junto a la puerta del improvisado reducto donde se agazapaban los hombres como topos, Tony meditaba con los ojos fijos en las largas zanja que se abrían a ambos lados, flanqueadas por alambradas a pocos metros de la defensa enemiga.

Cerca de Tony, Luis, el muchachito casi imberbe que parecía no poder resistir por más tiempo los sufrimientos de la guerra, leía con atención una carta.

—¿Es de mi madre!—exclamó al cabo de unos momentos—. ¿Quieres oír lo que dice?

—Buena—contestó con la indiferencia del que se propone escuchar una historia poco interesante.

Luis, con su voccecilla infantil y un poco temblorosa, comenzó la lectura:

Querido hijo mío:

¿Cómo se encuentra mi bravo soldadito? ¿Todos te echamos tan-

to de menos!... Todas las noches tu hermana y yo rezamos y pedimos a Dios que libre a mi Luisito de todo peligro, que nos permita verle pronto, tenerle para siempre a nuestro lado.

Ahora pensamos dónde puedas estar. ¿En primera línea? ¿En alguna trinchera? ¡Oh, hijo mío, oramos para que te guarde Dios!...

Tu madre, que te adora.

Mary

Quedó Luis inmóvil, con los ojos fijos en un puesto lejano del horizonte, teñido de intenso morado del crepúsculo... Los campos estaban en paz. Reinaba un gran silencio y parecía que iban a oírse pronto los cantos de los campesinos al regresar del trabajo, canciones rudas del hombre que al acabar su labor recuerda a la novia amada, a la esposa y a los hijos que esperan en el lar, junto al fuego crepitante... Y, sin embargo, ¡qué absurda era aquella visión!

Los labradores habían buído de

aquellas tierras malditas. En vez de los surcos benéficos donde se fecundaba lentamente la cosecha y la riqueza del país, se abrían ahora las trincheras, las inacabables zanjias donde millares de hombres sucios y fatigados procuraban mutuamente hacerse desaparecer. Y la tierra, en vez de alimentar con su calor y humedad las semillas que mañana habrían de ser riqueza y pan, devoraba a los muertos, a los millares de muertos que como una cosecha de sangre alimentaba en su seno destrozado.

Luis señaló con los dedos una dirección y murmuró con una confianza infantil:

—Hacia allá está mi casa, ¿verdad?

—Puede ser—replicó con frialdad Tony.

—Seguramente que a estas horas cada madre está pensando en su hijo. Mi madre debe pensar en mí... ¡Oh, me parece verla en su cuarto, ante el altarcillo al que yo rezaba cuando era pequeño!... Porque yo...

No pudo continuar. Sintióse un estrépito, como el estallido de un ligero trueno que conmoviese la atmósfera. Los alemanes habían dis-

parado contra la trinchera, hundiendo parte de su bóveda. Tony vió caer a su compañero entre un montón de sacos y de cieno.

Quiso ir en su auxilio. Lo cogió en brazos, mientras el fuego se generalizaba y los centinelas repelían la agresión.

Los soldados que descansaban en el subterráneo salieron rápidamente, viendo cómo la casa se les hundía y una vez más se habría de reconstruir la frágil construcción hecha de tablones.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—¡Jesús! ¿Qué ha ocurrido aquí?

—¡Venid! ¡Venid! ¡Luis está herido! ¡Venid!—dijo otro compañero.

—¡Pronto! ¡El doctor! ¡Pronto!—decía Tony, sosteniendo el cuerpo desfalleciente del caído.

Los soldados iban de un lado a otro impresionados por la desgracia que se había cebado en aquel benjamín de la trinchera.

—¿Dónde está el médico?

—¡Las camillas!

—¡La Cruz Roja!

—¡No hay que perder tiempo!

Luis jadeaba con la respiración extenuante de moribundo. El obús

había estallado en su pecho, abierto ahora en desesperada palpitación... Sus manos se agitaban en una postrera energía.

—¡Ay!—gemía el jovencito cuya faz era de cera.

—¡No es nada, Luis... no es nada!—le decía Tony bondadosamente, como si por primera vez aquel hombre taciturno y frío se conmoviera de verdad.

Los demás se daban cuenta de que Luis iba a morir. Y murmuraban en voz baja, angustiados por el rápido fin de aquel muchacho:

—¡Pobre muchacho!

—¡Qué lástima!

—¡Qué mala suerte!

Luis pretendió erguirse. Sus ojos llenos de lágrimas miraron sin ver ya el distante punto del horizonte, donde momentos antes había asegurado que vivía su madre.

Contrajo la boca en una mueca sonriente. Le pareció que la vieja le llamaba con aquellas manos pálidas y dulces que tantas veces le

habían acariciado, habían cuidado de él, le habían colocado la bufanda para que se abrigase al ir a la escuela...

—¡Mamá... mamá!—gimió—. Voy... ahora voy... ya... ya...

Su cuerpo había tenido un estremecimiento final, como dejando paso al alma que iba a volar lejos. Después se había doblado hacia un costado, inmóvil el corazón.

—¡Pobre niño!—murmuró Tony con honda expresión melancólica.

Y los camaradas fueron desgranando ante el caído el rosario de sus elogios.

—¡Pobre niño!

—¡Qué miedo tenía esta tarde!

—Era más joven que nosotros...

—¡Pobre madre!

Después, una camilla se llevó los restos del pobre Luis, cuerpo juvenil iba a hundirse en la tierra, donde la muerte extendía en todas direcciones la trágica semilla de los sacrificados.



Impresionado por aquel espectáculo, Tony volvió al interior de la trinchera, echándose indolentemente sobre la litera construida por escasos tablones.

Conservaba en la mano la carta de la madre de Luis, que él había quitado al moribundo.

La leía enternecido, como si adivinase ya el dolor de aquella mártir cuando recibiese la noticia de la muerte de su hijo.

"Pensamos dónde puedas estar", escribía la viejecita. ¡Ah! No podrían creer nunca hasta el instante descarnado de la verdad oficial, que Luisito ya estaba para siempre en un mismo sitio, al lado de otros centenares y centenares de hombres, bajo la tierra roja, que en primavera daría rosas más rojas que nunca...

El soldado Buck, uno de los escasos muchachos que habían conseguido tener alguna intimidad con Tony, dijo a éste:

—Al fin recibiste carta, ¿verdad?

—¡No! Es de la madre del pobre Luis... La estaba leyendo... ¡Qué carta más bonita! ¡Qué cosas tan dulces saben decir las madres!

—¿Tú nunca recibes cartas?

Tony se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Yo? ¿Quién se acuerda de mí?

—Pero ¿no tienes familia?

—¡Por supuesto!

—¿Y no contestan tus cartas?— le preguntó Buck, intrigado ante aquella incomunicación con el resto del mundo.

—No sé. Nunca les escribo.

—¿Y por qué?

Calló Tony unos momentos como si quisiera encerrarse de nuevo en su mutismo peculiar, pero luego dijo con cierta necesidad de confidencia:

—Era yo muy joven cuando me fuí de mi casa en busca de fortuna, y como fracasé...

—¿Y eso qué importa? Aun así debieras escribirles.

—¿Para decirles que soy un fracasado? Además, ¿quién sabe dónde estarán los míos a estas horas!

—Supongamos que te ascendiesen, que fueras ganando galones, grados. ¿Tampoco escribirías a tu familia?

Tony esbozó una mueca de desengaño, de hombre que huye de toda vanidad, de espíritu místico...

—¿Ascensos? ¿Para qué? ¿Para cazar a tiros a esos pobres diablos, a esos alemanes u los que nunca vi antes ni quiero volver a ver?

—Es verdad.

—Bien sabe Dios que no lo hago por gusto. Pero si el deber nos impone matar, tenemos que hacerlo... Pero yo te aseguro que si salgo con vida de ésta, hay un hombre con quien sí tengo que ajustar cuentas.

Buck le miró con creciente curiosidad. Parecía haber entrevisto algo de la tragedia de su amigo, el motivo de su actitud siempre dramática, como de desterrado del mundo.

—¿Es acaso alguno de los nuestros?—le preguntó.

—¡No! Se trata de algo anterior a la guerra, pero no lo he olvi-

dato y por Dios que no lo olvidaré —agregó con una entonación del que está seguro de realizar lo que dice.

—Vamos, no te pongas así.

Apareció la faz enrojecida del sargento.

—¡A ver! ¡Afuera todos! ¡El enemigo se acerca! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Arriba!

Los soldados murmuraban sordas protestas contra aquella orden de pelear. ¡Maldita guerra!...

—¡Vaya un descanso que nos dan!

—Mucho le importa al comandante que descansemos o no...—dijo otro de los muchachos arreglando lentamente su mochila—. ¡Qué diablos! ¡Que peleen los que les guste pelear!

Pero aquellas rebeliones eran simplemente líricas. Nadie podía retroceder, nadie osaba desobedecer. Sabían a lo que se exponían en caso contrario. Al fusilamiento por la espalda, como los traidores. Y morir por morir, mejor era hacerlo de frente, como los buenos.

Fueron saliendo todos, apareciendo al exterior negro y frío de la noche.

Buck y su amigo Tony marcha-

ron también. Aun Buck preguntó, impulsado por el más vivo interés y lamentando que el llamamiento del sargento le privase de proseguir la conversación:

—Y ése de quien hablas, alguna guarda te habrá hecho para que le odies tanto, ¿no?

—¡Si me la hizo!—replicó Tony con dura entonación.

Salieron... El horizonte se enardecía ante el insistente rasguño de las balas... Mutuamente, sin verse, los dos enemigos se ametrallaban sembrando la atmósfera de chispas de luz.

Por fin, la guerra había terminado. Los muertos quedaban en el hoyo, pero los vivos con ansias más grandes que nunca de vivir, regresaban al país natal.

Los soldados norteamericanos, tras unos días en París, nutriéndose de la alegría infinita de esa diosa de placer y de ilusión que es la capital francesa, embarcaron en el Havre para su continente.

Se sentían más héroes que nunca, no dándoles ya miedo hacer alarde de su valor ahora que estaban lejos de todo peligro. Con la exageración de la juventud centuplicaban sus hazañas y en cada uno parecía revivir un paladín de leyenda.

Ya en Nueva York, Buck invitó a sus camaradas a una fiesta en el hotel donde se hospedaba. Iban a separarse acaso para siempre. Buck marchaba a su país del Norte, y acaso no volviese a ver nunca más a los camaradas que quedaban en el Este y que durante tantos meses habían convivido con él las horas inaguantables de peligro.

A pesar de su natural reservado y taciturno, exacerbado en estos últimos tiempos por la proximidad de la venganza que había jurado solemnemente realizar, Tony asistía a la reunión de despedida.

Sentado en un rincón, sonreía melancólicamente, sin tomar parte

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

activa en el entusiasmo popular y ruidoso de sus camaradas.

Buck le observaba de vez en cuando, lamentando que no se juntase con ellos, para que, dejándose de cosas serias y complicadas, olvidara todas las penalidades de este pícaro mundo.

Al son de alegres instrumentos, los licenciados bailaban y cantaban canciones de pícarosca intención. El vino, la evocación a la mujer, su ardiente necesidad de expansión, les hacía ser locuaces y expresivos.

Cantaban a coro una música de tonos frívolos:

*La-ra-la-ra
y aunque me gustan
con más de aquí,
y me sofoco, ya
me diseco cuando veo a
[Suzie...*

—¡Bravo! ¡Bravo!

Y todos acompañaban su canción con dudosos gestos, señalando que les gustaban las muchachas gruesas y fuertes, como Suzie. Y sus manos pícaras indicaban el pecho ampliándolo con exageración.

Buck interrumpió los cánticos pu-

ra decir mientras alzaba su copa de vino:

—¡Compañeros! ¡Un momento! ¡Atención! ¡Brindo en recuerdo de las penas y malos ratos que sufrimos juntos! ¡Gracias a Dios que se terminaron! ¡Brindo para que nunca jamás vuelvan a suceder!

—¡Bien! ¡Bien! Pero, tñ, toca una pieza al piano. Vamos, vamos... Hay que alegrarse mucho.

Y cantaban animadamente, deseando que el piano les acompañase en su ritmo desacorde.

Buck, sonriente, pasó ante Tony, el eterno concentrado, y le dijo, golpeándole bondadosamente la espalda:

—Vamos, hombre, ámate, que hoy es la última vez que estamos juntos. A lo mejor no nos volvemos a ver en la vida. ¡Me voy tan lejos!

—¡Pero si ya me divierto, si estoy muy bien!—contestó con una sonrisa forzada.

—¡Hay que ver! ¡Y yo que te traje aquí para distraerte!

—¡Pero si estoy muy contento!

—Olvida ya esas preocupaciones, hombre, que sigues lo mismo que en Francia. No hay derecho. Los

malos pensamientos había que dejarlos allí.

—¡No, hombre, no! En mi vida he pasado una noche tan divertida —añadió esforzándose más por aparecer amable.

Y se levantó para ir a reunirse con las alegres camaradas, que promovían una continua algarazara.

—Así me gusta—dijo Buck satisfecho—. Júntate a nosotros. Ven.

Apareció en el umbral un muchacho. Iba vestido como un lechuguino, tan peripuesto y elegante, que parecía un figurín.

Todos se echaron a reír al verle.

—¡Mirad quién ha llegado!

—Pero ¿quién es ese espantapájaros?

—¡Ja, ja, ja! ¡Si es Mora!

Y los soldados rodearon al antiguo compañero, que había ido a una sastrería a cambiar su traje de militar por la ropa de paisano "dernier cri".

Buck fué también a su encuentro, bromeando de la transformación experimentada en su vestuario. Tony volvió a sentarse en su rincón sin grandes deseos de tomar parte en la bulliciosa alegría.

Mora se picó ligeramente al ver

las risas grotescas con que era acogida su presencia.

—¡Caramba!—dijo—. ¡Qué poca costumbre tenéis de ver gente bien vestida!

—¿Bien vestida? ¡Que te creas tú eso!

—Envidia, nada más que envidia. Ya sabéis que siempre he sido el árbitro de las elegancias.

—¡Exagerado!

—¡Sí, sí; id criticándome, que yo voy realizando todos mis planes. Ya lo tengo todo listo. Me voy a cobrar mil quinientos dólares de bonificación que me corresponden y me marchó en seguida a la estación para ir a mi tierra. Y mirad, mirad quién me está esperando.

Y enseñó el retrato de una bella mujer, la novia con la que él iba a casarse pronto.

Los soldados contemplaron codiciosamente con cierta envidia la efígie elegante de la mujer. ¡Qué suerte tenía aquel Mora! ¡Vaya compañera para olvidar los malos ratos!

—¡Qué bonita!

—¡No te la mereces, chico!

—¡Vaya niña!

Mora volvió a guardar el retrato y sonrió con visible satisfacción.

¿Eh? ¿Qué tal? A imitarle, niños, a casarse pronto, como Dios manda, que es lo que pensaba hacer él.

Uno de los soldados se dió un gran golpe en la frente y exclamó:

—¡Demonio! Tu retrato me hace recordar una cosa.

—¿Qué es ello?

—Que tengo una cita con una rubia.

—¡Déjala que sufra! — indicó Buck.

—La cita era para las doce y son las cuatro, Juan—indicó otro de los amigos.

—Pues a buena hora... ¡Ah! Estoy seguro de que ya no me espera. ¡Pero voy a probarlo!

—A las cuatro y cuarto yo también me voy—dijo otro soldado.

—Acabo de llegar y ya me están echando—indicó Mora.

—Es que es tarde ya para todos. Hoy salimos para nuestras respectivas ciudades. Lo mejor será que nos larguemos. Ya es hora, compañeros—propuso uno de los licenciados.

Y aquella alegre juventud se despidió de Buck, al que acaso por la distancia que les iba a separar en lo sucesivo no volviesen a ver. Pero

su amistad continuaría imperturbable. Se escribirían de vez en cuando, recordando los tiempos inolvidables y aquellos fantásticos, tan fantásticos hechos de valor.

Fueron saliendo estrechándole la mano con hondo cariño.

—¡Adiós, adiós! ¡No te olvides de escribirme!

—¡Adiós!

Buck les vió alejarse con melancolía. Hasta otra vez... o hasta nunca, amigos inolvidables de la más terrible de las guerras. Buck iba a marchar aquella madrugada a su tierra y pensaba no moverse ya de su alegre y fecunda región, donde se casaría y crearía un hogar.

Buck cerró la puerta y suspiró profundamente. Ahora, a arreglar el equipaje, pues el tren no acostumbra esperar más que a los grandes personajes.

Fijóse entonces en que, sentado en un diván, en una de los ángulos de la estancia, se hallaba todavía Tony. "El Taciturno".

—¿Cómo?—dijo alegremente—. Creí que tú también te habías ido.

—No tengo a dónde ir—respondió sencillamente.

—¡Qué lástima! Mi tren sale

dentro de una hora. Me voy a mi casa.

—¿A tu casa? ¡Dichoso tú!

—¿Por qué no vienes conmigo? Podríamos hacer mucho dinero. Allí hay medios de enriquecerse. Tú eres listo, hábil. Tienes una amplia cultura. ¿Por qué no vienes a mi país natal?

Hablaba sinceramente, con la alegría de poder prolongar su amistad con uno de los camaradas más entrañables.

—Ganaremos mucho dinero—repitió.

Pero los labios de Tony se contrajeron en un rictus de desilusión.

—¿Dinero?—replicó—. Tengo todo el que necesito y, además, tengo algo que hacer aquí.

—¿De qué se trata? ¿No tienes confianza en mí para explicármelo? ¿No soy acaso uno de tus mejores amigos?

—Sí... es verdad... pero es algo personal... muy personal.

—¿Ah! ¿Te refieres al tipo ese de quien me hablaste una vez? ¿Al hombre con el que debes saldar cuentas?

—¿Al mismo! —respondió con agresiva frialdad.

—¿Cuidado, Tony! ¡Mira bien lo

que haces! No vayas a perder la cabeza y luego te hayas de arrepentir para toda la vida.

—No te preocupes por mí. Es mejor, si acaso, que te preocupes por el otro... que se merece mucho más de lo que yo le puedo dar.

Levantó las manos con un implacable movimiento de venganza. Parecía ya gozarse viendo caer a su enemigo bajo las balas de una pistola.

—¡Pero tú no debes hacer esto! —le aconsejó Buck—. ¿Para qué cargar de más dolores nuestra vida? ¿Para qué luchar? ¿No pelcaste ya bastante en el frente?

Reinó un gran silencio, que parecía interminable. Luego, Tony rompió a hablar.

—Es que hay muchas maneras de pelear—dijo—. Allá en el frente matamos porque *nos dicen* que está bien... Pero aquí... hacemos lo que hacemos porque *sabemos* que está bien.

Su decisión parecía irrevocable. Caían las frases con la dureza de bloques de granito.

—Piénsalo bien, compañero—volvió a aconsejarle.

—Ya está pensado. Un hombre me hizo una criminal traición. Yo

había confiado en él como en mi mejor amigo. Y me quitó intereses, amistades... el amor de una mujer. Todo solapadamente, criminalmente, levantando calumnias, haciendo más grande su triunfo. ¿Comprendes mi dolor? Yo no vivo, yo no puedo vivir si no es vengándome... La guerra aplazó mi determinación. Tuve que ser soldado. Te aseguro que no me hubiera importado morir si no deseara la vida para la venganza. Pienso que me ha librado de la muerte un misterioso designio. He de castigar, he de hacerle pagar cara la traición. ¿Comprendes? Nada me arrancará de mi decisión, nada podrá hacerlo.

Se puso en pie. Su cabeza y su mano iniciaron un gesto de negación.

—¡No! ¡No!

Y los labios murmuraban también con la ceguera del odio:

—¡No! ¡No!

Buck suspiró profundamente, dándose cuenta de que no habría poder humano capaz de arrancarle de aquella determinación.

—Bueno — murmuró —. Allá tú si no me escuchas. Acaso algún día te bayas de arrepentir... Y ahora voy a arreglar mis cosas, que el tren

no espera. Felizmente tengo el equipaje aquí listo.

—Yo también me despido. Gracias por todo, Buck. Has sido para mí uno de mis mejores amigos.

—Eso siempre.

—¿Ves? Eso es lo único que aun nos hace llevadera la vida... Que si bien surgen traiciones nacen también amistades nuevas y honradas.

—Confía siempre en la mía... Y en nombre de ese cariño fraternal, yo volvería a aconsejarte, si me atreviese...

—Ya no. Sabes que es inútil.

Buck no insistió más.

—Pues adiós, Tony... Que te vaya bien... y no olvides lo que te he dicho.

—Adiós, Buck... buen amigo.

Fervorosamente enlazaron sus manos... Luego Tony desapareció escaleras abajo.

Buck quedó unos momentos vacilante, como si lamentase haberle dejado partir. Pero ¿para qué? Hubiera sido inútil su porfía. Aquel hombre sólo vivía para la venganza.

¡Lástima de chico! Iba a cometer una tontería. La venganza es como el dardo que al ser lanzado a lo alto vuelve a caer sobre nuestra cabeza.

La venganza es un falso placer.

Buck acabó de examinar el equipaje. Faltaba ya poco para mar-

char... Y mientras cerraba sus últimas maletas silbaba una tonadilla picaresca...

Algunos días después, en la inspección de policía de uno de los distritos de Nueva York, un cabo estaba explicando al sargento de guardia lo ocurrido con la detención de un pájaro de cuenta, profesional bien conocido de la justicia.

—Lo detuve y cuando lo estaba empujando para meterlo en el coche ocular, me dice: "Oiga, guardia, usted no puede hacer esto".

—¿Y tú qué le dijiste?

—Pues le contesté: "Conque no puedo, ¿eh? Ya llevo varios años haciéndolo". Y para demostrar que podía, de un violento empujón lo metí en el interior como un fardo. Para que se convenciera.

—Muy bien hecho. Es un hombre peligroso.

Entró en el despacho policíaco un hombre joven, bien vestido, que revelaba en sus maneras cierta distinción innata. Estaba pálido, pero

su cara denotaba una gran serenidad.

Los dos policías le contemplaron con curiosidad y el sargento le preguntó:

—¿Qué desea?

El recién venido, que no era otro que Tony, el antiguo soldado taciturno, exclamó mirándoles fijamente y sin que su rostro se alterase:

—¡He matado a un hombre!

—¡Eh! ¿Qué está usted diciendo?—preguntó el sargento, alarmado.

Tony repitió fríamente:

—Que he matado a un hombre, Juan Harris, en el número 91 de la calle Ocho.

Hablaba con tanta seguridad, había en sus ojos tal expresión serena y límpida, que era imposible creer que se tratase de un loco.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo lo mató usted?—dijo el sargento.

—De un tiro. Con esto.

Y les mostró una pistola que el sargento cogió apresuradamente, comprobando que faltaba una cápsula.

—¿Y por qué hizo usted eso? ¿Por qué?

—¡Merecía morir! — respondió en forma solemne.

El sargento, comprendiendo que se hallaba ante un caso importantísimo, llamó a varios de sus subordinados y les ordenó:

—Vayan corriendo a la calle Ocho número 91. Han matado a un hombre, Juan Harris. Efectúen las primeras diligencias. Y usted, cabo, registre a este sujeto.

Salieron los guardias mientras el cabo registraba los bolsillos del presunto criminal.

El sargento comenzó a escribir las primeras diligencias y preguntó al ex soldado:

—¿Cómo se llama usted?

—¿Eh? — respondió Tony estreñeciéndose levemente.

—¿Que cómo se llama usted?

Tony movió la cabeza como si no acertase a pronunciar su nombre. De pronto sus ojos se fijaron en un calendario colgado en la pared en

cuyo cartón aparecía el anuncio de la casa Daik y Compañía.

El joven contempló breves instantes aquel nombre y luego dijo:

—Me llamo Daik., Jaime Daik.

Para el sargento, hombre ducho en los interrogatorios, no habían pasado inadvertidas las miradas del joven al calendario. Inmediatamente creyó que aquel hombre mentía. No quería dar su verdadero nombre y había escogido como recurso de momento el nombre que aparecía en el calendario. ¡Ah, a él no le engañaban con tanta facilidad!

Entretanto el cabo había acabado su minucioso registro.

—¿Lleva algo que lo identifique? — preguntó el sargento.

—Nada, mi sargento, ni un documento, ni un papel, nada.

—¡Qué extraño! ¿Dónde vive usted?

Tony, que ya para siempre sería Daik, pues su primer nombre había muerto, contestó:

—No tengo casa ni familia.

—¿De dónde es usted?

—¿Qué importa!

—¿Conque esas tenemos? — gritó el sargento amoscado—. ¿Se ha creído usted burlarse de la justi-

cia? ¿No quiere usted darnos ningún dato?

—¡No!

Miraba a los dos hombres con una serenidad triste, de desdichado que no quiere defenderse y que por el contrario se somete voluntariamente a la acción implacable de la justicia.

—¡Bueno! ¡Ya hablará usted ante el juez!—acabó diciendo el sargento—. ¡Enciérrenlo!

Daik, sin pronunciar una sola palabra se dejó conducir a la celda. Sus ojos brillaban con una luz nerviosa y febril de lamparilla. En ellos parecía concentrarse su vida entera.



Se había constituido ya la Sala de Justicia. El proceso apasionaba al gran público, a ese público morbooso de los Tribunales que parece gozarse con el relato de las miserias ajenas, curioseando en los espíritus a quienes la fatalidad puso en trance de caer bajo la ley.

Con la misma serenidad de que siempre había dado prueba, Daik estaba en el banquillo.

Una y otra vez se había negado a identificar su personalidad. Aseguraba que se llamaba Daik, Jaime Daik, aunque ni el juez ni nadie creyese en ese nombre que coincidía con el del calendario de la inspección de policía.

El defensor, un abogado joven y comprensivo, pleno de buenos sentimientos, había pedido piedad para el procesado. Ciertamente que había matado y estaba convicto y confeso, pero había que tener en cuenta las causas ciegas que le obligaron a ello.

El muerto Harris había sido uno de los mejores amigos de Daik. Este se había confiado a él ciegamente; le había favorecido, le había labrado una posición consiguiendo que gracias a él se enriqueciera... ¿Y qué pago le había dado Harris por toda aquella serie de generosidades? La más inicua traición; el engaño en los negocios, el arreba-

tarle con artes rastreras y criminales el amor de la mujer querida.

Para un hombre como Daik acostumbrado al bien, que creía en la gratitud, aquel golpe había sido terrible. Nunca pudo olvidarlo...

Luego estalló la guerra, la guerra que con sus sufrimientos, sus trágicas emociones había podido romper el equilibrio de los nervios del procesado.

Todas estas cosas debían atenuar forzosamente la calidad de la pena. Piedad para el pobre joven que había estado luchando en los campos de Francia como el mejor de los valientes, que tenía en el alma las llagas indestructibles y el daño cruel que causa la ingratitud. Piedad para él y olvido para su delito, fuerza ciega que le impulsó a cometer un hecho reprochable.

El discurso del defensor emocionó a las buenas gentes que presenciaron las sesiones de la justicia, pero el señor juez permaneció impasible con su característica frialdad del oficio, de hombre poco ayzado a tratar con inocentes.

El señor juez insistió una vez más para que Daik revelase su verdadero nombre. El de Daik era una

falsedad. ¿Por qué empeñarse en sostener lo que nadie creía?

—Durante todo el curso de este juicio se ha negado usted insistentemente a revelarme su verdadero nombre, y comprenda que guardando el secreto de su identidad, sólo causa temor y duda en muchos hogares, entristecidos ya por la ausencia de un esposo, de un hijo o de un hermano y por el temor de que fuese usted ese ser querido.

Daik no contestó.

—Podría usted aliviar la duda, el sufrimiento de muchas madres si dijera al Tribunal quién es usted... Hable a lo menos por ellas, diga su nombre para que cese la incertidumbre de que fuese usted ese ser amado desaparecido en los combates de Francia.

Daik permaneció impasible. Parecía importarle poco aquella apelación al dolor ajeno.

—¿No tiene usted nada que decir antes de que se le sentencie?—preguntó el juez.

—Sólo esto, señor juez—replicó con sublime dignidad—: Yo nunca, ni en un momento de cólera, maltraté a nadie en mi vida. Pero cuando supe lo que aquel hombre había hecho, tuve que matarlo. Y

si tengo que ser juzgado ante el Tribunal de Dios, no tengo miedo. Porque ese otro hombre estará allí también. Y cuando Dios oiga toda la historia, ambas partes de ella, una historia que ni usted ni el Jurado han comprendido aún en toda su intensidad... entonces... bueno... lo dejo en manos de Dios.

Reinaba un silencio expectante. El pueblo bebía con emoción el néctar de aquellas frases.

—¿No tiene usted más que decir?—preguntó el juez.

—¡No!

—Entonces es el deber de este Tribunal fijar su sentencia de ejecución, que tendrá lugar en la primera semana del próximo mes de agosto. ¡Dios tenga piedad de su alma!

La vista había terminado.

El defensor acercóse al procesado y quiso infundirle aliento. Pero Daik no parecía necesitar consuelo ajeno. Estaba convencido de que tendría que morir y no temblaba al conocer las sentencias.

Fueron desfilando las gentes, serias y entristecidas. Muchas mujeres se enjugaban furtivamente las lágrimas.

—¡Pobre muchacho!

—¡No creía que lo condenasen!

—¡Es una crueldad!... ¡Le hicieron una traición tan grande!

Aquellos corazones se sentían enternecidos a favor de aquel muchacho de ojos serenos, que no era un criminal, un bandido de profesión, sino un equivocado que creía que los hombres pueden hacer uso de la venganza.

¿Por qué no tener piedad para él?

Los periodistas guardaron los apuntes del proceso con los que iban a pergeñar truculentos artículos que serían saboreados por las buenas familias después de la cena en la intimidad cálida del hogar.

—¡Y aun no sabemos quién es ese muchacho!—dijo uno de los reporteros.

—A mí me es igual—contestó otro—. Causará más sensación el publicarlo así: "Misterioso asesino. Próximamente a la silla eléctrica. Calla su identidad".

Y enmudeció al ver pasar entre unos guardias a aquel misterioso asesino cuyo porte era el de todo un caballero.

* * *

Daik fué conducido al presidio, donde permanecería hasta la ejecución. Antes de ir a ocupar su celda, fué introducido en el despacho del director, donde éste le abarcó con una mirada indiferente.

Le contempló Daik con aquella falta de interés del hombre que sabe ha de abandonar este mundo en un plazo marcado.

El director le dijo:

—De acuerdo con las leyes del Estado, quedará usted recluso en esta prisión hasta la ejecución de la sentencia dictada contra usted por el Tribunal... Y según sea su comportamiento, será el trato que usted reciba mientras esté aquí.

Y añadió al cabo de una pausa:

—¿Tiene alguien con quien desee comunicarse?

—¡No!

—¿No?

—¡No! ¡Nadie!—respondió con una expresión fatal y melancólica. —Y quisiera que quedara bien entendido que no tengo padres ni

hermanos, esposa ni amante... y que mi nombre es Daik... Jaime Daik...

El director le miró con atención. ¡Qué hondo, trágico misterio encerraba la vida de aquel muchacho! Pero no quiso ser cruel preguntándole más y respetó su reserva, su silencio... Aquel joven ¿no sería acaso hijo de alguna familia digna y honorable?

Porque el condenado no era un hombre basto ni vulgar; sus facciones eran correctas, atildadas sus maneras, finas sus modales.

—Está bien... Daik—dijo recalcando el nombre—. Guardia, llévase a ese hombre a la celda.

Uno de los guardianes le invitó a seguirle.

Escuchóse una banda de trompetas que tocaba una alegre marcha.

Daik comentó con cierta extrañeza:

—No sabía yo que hubiese música... aquí.

—Es la banda de la prisión.

—¡Ah!

Marchó con el guardia hacia su celda, pasando por los corredores de la prisión, a cuyos lados había los cuartos de los reclusos.

Al escuchar pasos, aquellos pre-
diarios se acercaron a las rejas
de sus celdas para examinar al
recluido venido.

Sus caras innobles, de bestias que
gozaron en el crimen, contrastaban
con las facciones serenas de Daik,
que no era profesional del delito.

Los reclusos, sin verse mutua-
mente, se comunicaban con algaza-
ra sus impresiones.

Un extraño sentimiento de hosti-
lidad les envolvía al contemplar a
Daik. Veían en él a un señorito, a
un hombre superior a ellos y se
mofaban con la brutalidad de sus
malas intenciones.

—¡Eh! ¡Mirad! ¡Que tenemos vi-
sita!

—Chico, te hemos reservado las
mejores habitaciones de la casa—
dijo otro.

—¿Es que no te ríes?

—Vaya, hombre, ¿conque de vi-
sita?

—¡Saluda, hombre, saluda!

Por un momento pareció Daik
perder la serenidad y deseó con-
testar a los groseros insultos de aque-
llas gentes peores que las fieras.
Pero guardó silencio y bajó los ojos,
quiere evitar a su imaginación
el espectáculo de tantos rostros es-
pantosos.

Seguían las chanzas y los alegres
comentarios de la gentuza. El guar-
dia abrió la celda que le estaba
destinada a Daik, una celda algo
alejada de las demás.

Impresionóse Daik breves ins-
tantes al contemplar las cuatro pa-
redes ennegrecidas y húmedas, la
pequeña reja por donde apenas po-
día entrar el sol.

Echóse sobre el petate; cubrióse
el rostro con las manos.

El guardián cerró la puerta, las
voces runcas de los reclusos enmu-
decieron.

Daik respiró ávidamente. Ya no
oía a aquellos miserables cuya voz
le producía terror. Y ahora en su
celda no estaba solo, no... Le acom-
pañaban altos pensamientos, recuer-
dos de dolor...

Algunos meses después, allá en California, en el bello jardín que rodeaba una casa de apariencia severa, se hallaba sentada en un mullido sillón una señora, anciana de aspecto delicado y enfermizo.

Parecía una cosa frágil y pronta a quebrarse y permanecía inmóvil gozando dulcemente de la caricia gratuita del sol.

Los ojos de la viejecita parecían fijos en una lejanía poblada de recuerdos. De vez en cuando sus labios se plegaban en una ligera mueca de preocupación.

Alzó la mirada en su turno al oír la proximidad de unos pasos. Sus pupilas mortecinas y débiles acariciaron al recién venido, que era un muchacho fuerte, vigoroso, con una encendida sonrisa de alegre juventud.

—¡Buenos días, señora Douglas! ¿Cómo se encuentra?—dijo el joven.

—Bien... bien.

—Aquí tiene usted su periódico.

—Muchas gracias, Roberto.

Y acarició con nervioso ademán la hoja volandera y efímera que tenía todavía el olor de la imprenta.

—Y María, ¿por dónde anda?—preguntó Roberto.

—Por ahí... por el jardín... Creo que te está esperando.

—Voy a su encuentro.

Sonrió ligeramente la señora Douglas al ver internarse por las umbrosas avenidas del jardín a aquel buen muchacho que estaba enamorado de María, aunque oficialmente nada había comunicado a la madre con esa timidez característica en la juventud enamorada.

La dama lanzó un hondo suspiro y luego hojeó el periódico, quedando abstraída y ensimismada en aquellas columnas repletas de fotografías y de noticias.

Entretanto Roberto corría por el jardín en busca de su amada.

La encontró al fin tras unos parterres de flores que ella acariciaba con un abrazo fraternal. Sus finas

y claras manos al deslizarse por entre las rosas eran rosas también.

—¡María! ¡María!

El galán acarició a aquella criatura a la que amaba con toda la ilusión intacta de los primeros amores.

—¡Oh! ¡Cuidado con mis flores! ¡Las vas a destrozar!—decía ella, riendo y pugnando hipócritamente por librarse de la caricia anhelada.

Roberto sonrió, y un poco más tranquilizado le dijo:

—¿Ya lo conseguí!

—¿Qué?

—¿No te lo figuras?

—¿El aumento de sueldo?

—Sí.

—¿Cuánto me alegro! ¡Te felicito!

—Por fin logramos nuestros deseos. Ya nada nos podrá faltar para casarnos... Ahora sí que no retrasaremos nuestra boda, ¿verdad, verdad?

—Roberto...

Ella se sentía enternecida, casi pronta a llorar, a causa de su alegría.

Roberto la contemplaba con emoción, pareciéndole más hermosa que nunca, descubriendo en ella nuevos tesoros de belleza y de gracia. A cada nueva entrevista adivinaba en

su amada un mayor caudal de ricos y espirituales dones.

Cariñosamente puso en uno de los dedos de la novia el anillo de prometida, ese aro simbólico del amor, tan sencillo, tan ligero, tan suave y que tiene, sin embargo, como un valor eterno, como un valor delicado y sutil que en nada se parece a las joyas recargadas y enormes de pedrería.

—Roberto...—murmuró ella, mirándose la sortija que le hacía dulce esclava del más bello de los símbolos.

—Y ahora que ya somos novios oficiales, vamos a dar la sorpresa a tu mamá. ¿Quieres?

—¿Sorpresa?—contestó María, riendo—. Nada de eso... porque hace mucho tiempo que lo sabe.

—¿De veras? Pues no me figuraba que lo sabía.

—¿Ves? Tan listos como sois los hombres... y que nosotras en tantas cosas os hayamos de llevar la delantera...

La pareja de novios, rebosante de ese regocijo único del amor, se dirigió al encuentro de la señora Douglas, inmóvil en el mismo sillón, ensimismada en la contemplación del periódico.

La vieja no les había visto esta vez: tan alejada de todo mundo exterior se sentía.

Roberto exclamó con voz temblorosa y balbuciente:

—Ejem... ejem... Señora Douglas... Yo... yo...

—Yo quiero casarme con María, su encantadora hija—indicó riendo la novia.

Roberto repitió, cada vez más turbado, más apocado:

—Yo quiero casarme con María, su encantadora... ¡No puedo... no!

Y miraba angustiado a su novia para que le ayudara en ese grave trance de formalizar una declaración.

La señora Douglas alzó al fin sus ojos con una expresión de infinita melancolía.

No parecía haber prestado atención a las palabras de Roberto, ni siquiera las habría oído.

Mirando a su hija le alargó el periódico que tenía entre sus manos y murmuró con esa voz de la vejez pronta a apagarse:

—María... María... Mira este retrato... ¿Verdad que se parece a... él?

La joven hizo un gesto de cansancio y Roberto preguntó:

—¿De qué se trata?

—De ese pobre preso que no quiere revelar su identidad, del que hablan hace días todas las periódicos... Y mamá cree que puede ser mi hermano Carlos, de quien nada sabemos hace ya diez años.

Roberto contempló a la anciana con expresión de extraordinario asombro. Y como si aquella mujer hubiese dicho la mayor tontería del mundo, indicó él con firme convencimiento:

—¡Qué absurdo, señora Douglas!... ¡Imposible que sea su hijo! ¿De dónde sacaba ella semejante infundio?

La anciana volvió a mirar el periódico y movió la cabeza con gesto de duda.

—Vamos, mamita, ¿no sabes ya que no es él? —añadió María—. Hace días que te estoy diciendo lo mismo. ¡Hay tantas personas que se parecen en el mundo!

—Precisamente... porque no lo sé... miro y remiro los retratos de los diarios de estos días... y no puedo convencerme... A veces me parece que es mi hijo, que estos rasgos, estas facciones son las de mi hijo—insistió con una terquedad de maniático.



— ¡Me meado a un hombre!



...mi souleve en l'air... l'air de l'air...



... había llegado la hora de la ejecución.



— „No bene uniti, il nostro è l'unico partito“



—Esté envejecida. Yo so tengo siempre hermosa—



— ¿V. por qué no le ves, hijo mío?



— Dated as ex Carlos, Verdoff



— ¡Vámonos ya!

Roberto hizo un gesto de impaciencia, como si le fatigara escuchar aquellas tonterías, desprovistas en absoluto de toda base real.

—Pero, señora Douglas, no diga eso...

La anciana prosiguió, imperturbable:

—En algunos retratos se parece mucho... En otros, no... Pero no podré vivir tranquila mientras no le hable y me convenza yo misma de que no es él. Tengo que verle.

La vieja tenía los ojos humedecidos de llanto. La persistencia de aquella extraña idea la hacía enfermar.

Roberto se impacientó de nuevo.

—Debo verle. Tengo que verle—repitió la madre.

—¡Pero, mamá, si no puede ser Carlos!—dijo María, deseando calmar la constante preocupación maternal que noche y día la tenía sometida a esa tortura de la incertidumbre.

—Quiero convencerme... ¿No comprendes que dentro de unos días va a morir?... Tengo que ir a su lado—insistía.

—Es un viaje muy pesado y no lo podrías resistir, mamita... Tú bien lo sabes...

—Tampoco podré resistir por más tiempo esta terrible inquietud... ¡Piensa qué sería de mí si fuese mi hijo!

María bajó la cabeza. Parecía que las palabras de la viejecita, que siempre había dicho la verdad, la asustasen y pusiesen también en su corazón el escozor de la duda.

—Sí, mamá, lo sé.

—Soy su madre... y mi lugar está allí... a su lado... para consolarle y llorar con él—dijo anegada en llanto—. María, quiero ir esta misma noche, antes de que sea demasiado tarde.

Intentó ponerse en pie. Había en ella ese renovar de energías de los viejecitos cuando quieren realizar algo superior a sus fuerzas naturales.

María intentó calmarla, mientras Roberto permanecía silencioso con la vaga atención con que se escucha una representación teatral.

—Es que el doctor no te permitiría hacer ese viaje... ¡Oh, mamá, tú no debes ir! Pero si eso es lo único que puede satisfacerte... si no puedes recobrar la calma hasta saber la verdad... yo... yo iré en tu lugar—indicó María.

Y bondadosamente acariciaba el

cabello de la madre y su frente sudorosa de angustia.

—De nada serviría que fueses tú... Eras tú muy niña... y no le reconocerías... después de tantos años.

—Pero él sí me reconocería... Yo le haré recordar.

—¿Cómo?

—Yo sé cómo. ¡Déjame a mí! ¡Ya verás!

María parecía emocionada y la alegría de momentos antes había desaparecido de su semblante.

Roberto esbozó una ligera sonrisa. Admiró la noble actitud de la muchacha que iba a realizar aquel viaje lejano a la otra parte de América para poder tranquilizar a la madre maniática y cargada de esas extrañas terquedades infantiles que tiene la vejez.

Bien podría aborrase aquel viaje... pero, en fin, para dar mayores visos de verosimilitud, para arrancarle hasta la más ligera brizna de duda, era mejor que lo realizase.

Así no quedaría nada en pie de aquel pensamiento absurdo y descabellado.

—¡Tranquícese usted, señora Douglas!—le dijo bondadosamente.

—María y yo saldremos hoy mismo.

—No—contestó María con gravedad—. Tú, Roberto, debes quedarte aquí, cuidando a mamá. Iré yo sola...

—¿Cómo sola, nena?... En fin, no quiero contradecirte... Entonces, yo seré su enfermera, ¿verdad, señora Douglas?... Y así se irá acostumbrando a tenerme a su lado... porque María y yo...

Pero ahora que iba a declarar de una vez su secreto, María le interrumpió nerviosamente, como si deseara evitar aquel giro en la conversación.

—Voy a preparar mi maleta... Estoy en seguida.

Desapareció la novia, y Roberto ya no tuvo ánimos para insistir otra vez acerca de su amor. Lo confesaría a la vuelta de María, cuando desvanecidas todas las borrascas brillase de nuevo la inmaculada paz.

Se sintió poseído de alegre optimismo y miró a la viejecita con una ternura filial.

—Señora Douglas... no se preocupe... Ya verá que no es él.

La anciana nada contestó. Sus

manos sostenían el periódico imprimiéndole un movimiento de temblor.

Repentinamente apagóse el sol. Pasaba ante él una nube densa y gris, borrascosa como un símbolo...

Aquella misma tarde María partió hacia el Este, del que la separaban tres días de tren.

La muchacha parecía hondamente preocupada. Los temores de mamá se habían contagiado a su espíritu y su rostro de ordinario tan alegre denotaba una expresión de tristeza.

Roberto había ido a despedirla a la estación, y al contrario de su novia, conservaba un optimismo inalterable.

¡Vaya con el viajecito! ¡Vaya ocurrencia la de la vieja señora Douglas! Casi... casi tenía el convencimiento de que todo era una combinación para que la niña pudiese viajar un poco. Pero si no era así, era preciso confesar que un largo viaje a tierras nuevas tiene siempre el interés de la novedad...

Sin tomarse ni por un momento en serio las dudas de la señora Dou-

glas, Roberto dijo a su novia poco antes de partir el tren:

—Y mucho cuidadito con esos temores de la capital, ¿eh?

—No bromees, Roberto, que esto es muy serio—replicó mirándole angustiada.

Roberto la contempló con asombro. ¿También ella se había vuelto maniática? ¿Se le había pegado el absurdo pensamiento de la madre, la necia idea desprovista de toda sustentación?

—Vamos, Maruja—dijo un poco disgustado—, ¿cómo puedes suponer que ese Daik sea tu hermano?

Casi sin poder hablar, disimulando una honda emoción que no era repentina, que parecía vivir ya desde hacía muchas horas en su alma, le contestó:

—Es que si lo fuera... ¿no ves?... ¿no comprendes lo que eso significaría?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—No... ¿Qué? ¡Habla! ¡Entre todos vais a volverme loco!

—Pues que nunca podría casarme contigo... ni con nadie.

La dulce criatura, esa burguesita de vida plácida y honesta, bajó los ojos como si quisiera evitar que Roberto los viese humedecidos de llanto.

¡Pobre nena enamorada que de pronto cuando ve llegar la gloria del amor ha de retroceder ante las fuerzas del mal, trágicas e imprevistas!

Ella ignoraba si serían ciertos o no los temores de la madre que con ese glorioso instinto de la maternidad aseguraba que la fotografía de aquel muchacho condenado a muerte se parecía a la de su hijo.

Es cierto que llevaba diez años sin verle y que durante ese tiempo las facciones de su hijo habían podido variar mucho... pero ¡ay! aquellos retratos del periódico... ¿no tenían un aire, un rasgo, algo que hablaba de la familia, del perfil, de la raza de los Douglass?

María, en cambio, no podía recordar a su hermano. Diez años tenía ella cuando él marchó. Habían pasado dos lustros más y se le habían desfigurado casi por completo las facciones de Carlos.

Sin embargo, era preciso ir a la prisión, verle, convencerse de que no era él... y para ese reconocimiento tenía un plan que consideraba infalible, de una fuerza incontrastable.

¿Sería Carlos el condenado a muerte? ¿No sería él? ¡Qué angustia, Santo Dios! Angustia para la pobre madrecita al conocer que su nombre estaba deshonrado, que su hijo había acabado sus días en una silla eléctrica, deshonrado y envilecido; angustia para ella, María, para quien se cerrarían todos los alegres caminos de la juventud.

Si resultaba cierta la espantosa sospecha, ¡adiós todos los ensueños acariciados por su alma de enamorada! Perdería a Roberto, hijo de buena familia, que se apartaría de ella al conocer su parentesco con el reo ejecutado; vería deslizarse a solas como una apestada su juventud, aislada de todo el mundo, con ese horror que producen a las gentes burguesas los familiares de un condenado a muerte, que parecen condenados también por el oprobio de la soledad.

Esos amargos pensamientos ensombrecían su vida y abatían su ca-

rácter alegre y juvenil de pocas horas antes.

Roberto la acarició con suavidad, procurando que ella desarrugara su carita lívida y sombría.

—¡No seas tonta, nena!... ¿Por qué piensas esas locuras? Yo te quiero a ti por ti... y nos vamos a casar en cuanto vuelvas.

—¡No, Roberto!—insistió—. La gente es cruel y nunca te dejaría olvidar que el hermano de tu esposa fué un...

—No digas más tonterías... Ese viaje es perfectamente inútil, pero me gustaría ya que lo hubieses realizado para que recobraras la tranquilidad. En fin, ve a ver al Gobernador... que te permita visitar a ese hombre y así te convencerás de que no es tu hermano.

—¿Y si fuese él?...—dijo lentamente la joven entre suspiros tristes—. No podría casarme nunca...

Roberto arqueó las cejas. Las palabras de ella parecían haber penetrado en su espíritu prendiendo en él por primera vez el pábulo de la espantosa duda.

¡Oh, si fuese él! Rápidamente abarcó las dificultades que ello significaría... Le pareció que se hundían sus ensueños, que tendría que

alejarse de allí, que ni él, ni nadie podría casarse con la hermana de un ejecutado por la ley.

Pero quiso reaccionar contra ese pensamiento pesimista. Loco, ¿por qué se dejaba contagiar por el ambiente? Todo aquello era absurdo como un sueño espeluznante, trágica pesadilla de la que se despierta a la mañana siguiente.

No, ni siquiera la mera suposición de que tal cosa pudiera existir debería preocuparle.

—Vamos, María, no digas eso... No quiero que pienses en tales locuras. Bien está que realices el viaje para que tu madre se convenza, pero ¿por qué te entristeces tú, si sabes, como yo, que todo es mentira?

El tren iba a partir. Sonó la voz del jefe de estación llamando a los viajeros.

—¿Mentira? —replicó ella—. Yo no sé... ni tú lo sabrás hasta mi vuelta. Pero toma, toma... yo no puedo llamarme tu novia mientras eso no se aclare...

Puso en sus manos con trémulo ademán la dulce sortija que tan pocas horas estuvo en uno de sus dedos, pero que parecía haber dejado en él como en todo su cuerpo una

huella indeleble que no olvidaría nunca.

—¡Quédate el anillo! ¡Te lo suplico, María!... Es como si con esa sortija yo te acompañara también.

—Me bastará tu recuerdo. Ningún símbolo exterior... Si cuando vuelva de viaje me la puedo poner, ¡qué infinita emoción, qué extraordinaria alegría! Esperemos, Roberto... y confiemos en Dios.

Subió precipitadamente al vagón, asomándose a la ventanilla para repetir sus adioses al muchacho.

—¡Adiós, María, adiós!—murmuraba el joven, presa de un inmenso abatimiento, sintiéndose apenado como nunca y pareciéndole eternos los días que iba a durar la ausencia. Pero algo en el fondo lejano de su conciencia le decía que Carlos no era hermano de la joven.

Partió del convoy. Hasta que el tren salió de agujas, María se asomó a la ventanilla repitiendo sus despedidas dulces y conmovedoras. Luego se dejó caer con melancolía en el solitario departamento.

Lloraba... Lloraba profundamente, pudiendo al fin dejar escapar su dolor difícilmente contenido.

El paisaje de su tierra pasaba rápidamente ante sus ojos, aquel paisaje tan conocido y que ahora parecía triste bajo las violetas del crepúsculo otoñal.

¡Ay! ¿Adónde iba ella? Ignoraba la ruta que iba a seguir; era un viajero errante y desorientado que sigue al destino impenetrable y secreto.

¿Adónde iba? ¿A la felicidad, al resplandor de una dicha consagrada tras tanto sufrimiento, a padecer, a sentir desgarrada el alma ante la dolorosa realidad de que un hombre de su propia sangre, un hermano suyo, estuviera condenado a muerte?

—¡No! ¡No!

Y el tren, en su entrecoque de hierro, parecía murmurar monótono y terrible, desconcertante y burlesco como el destino. "Sí... sí... no... no..."

Pasaron tres días. Aquel día iba a ser ejecutado el pobre Daik, que se había resistido hasta entonces con obstinación heroica, no querien-

do deshonrar su verdadero nombre, a aclarar su personalidad.

Aseguraba que se llamaba Jaime Daik, y aunque todo el mundo sabía que mentía, había que resignarse a dar por bueno ese nombre casual.

Tres meses llevaba en la prisión el antiguo soldado, tres largos meses en espera de la muerte, que no acababa de llegar nunca. Mas al cabo había llegado la hora de la ejecución, el instante en que iban a acabar de una vez sus sufrimientos.

Estaba en capilla esperando con ansia a que terminase cuanto antes el suplicio de esperar. Deseaba morir para que le olvidasen y... olvidar.

¿Qué tenía ya que hacer en el mundo? Nada... Su misión estaba ya cumplida... Ojo por ojo, diente por diente. ¿Para qué más? Viviendo, sólo podría sembrar dolor.

Durante su permanencia en presidio mostró una conducta irreprochable. Jamás una protesta, un plante, una palabra de queja, una riña. Evitaba el trato con los demás reclusos, molestándole esa compañía ingrata de gentes cuyos crímenes no tenían justificación. Crímenes torpes producto siempre de

alguno de los siete pecados capitales. A su juicio, el suyo era distinto. El se había absuelto ante su propia conciencia.

El director de la prisión había acabado compadeciéndole de veras.

Sentía por él una inmensa piedad. Bien se veía que Daik no era igual a los demás hombres del presidio. Hubiera deseado que el reo se confiase a él en esa confidencia triste y suprema de los que deben de morir. Mas por otra parte procuraba no envenenar sus heridas y guardaba un piadoso silencio.

El director se hallaba en la oficina desde primeras horas. Todo estaba ya listo para el terrible momento de la ejecución. El reo permanecía en capilla, preparándose para el gran camino hacia el misterio.

Hablaba el director con el sacerdote que iba a prestar los últimos auxilios espirituales al reo.

—He mandado por Daik—explicaba—. Acaba de llamarme por teléfono el gobernador.

Los ojos del sacerdote resplandecieron de súbita alegría.

—¿Se ha concedido algún indulto?

—¡No, padre! Es que hay una

muchacha que cree que Daik pueda ser su hermano, y el gobernador ha dado orden para que la dejemos verle.

—¡Ah!

Guardaron silencio al ver entrar a Daik precedido de un guardia.

El reo estaba un poco más pálido que de costumbre, pero se mantenía impertérrito, sereno, con la actitud del héroe que no le teme a la muerte que va a llegar.

Sabía Daik que poco después la silla eléctrica acabaría con su vida, y, sin embargo, aparecía tranquilo, como si el condenado fuera otra persona.

El director y el sacerdote le miraron con la piedad que causa la desgracia ajena.

Quiso el director estreñar su amabilidad para con aquel hombre joven en quien se había cebado el infortunio.

—Pase, Daik—dijo—. Guardia, espere en la sala del delegado. Siéntese, Daik.

Obedeció el ex combatiente, realizando maquinalmente sus actos, mirando con ojos vagos y distraídos como si su conciencia y su imaginación estuvieran muy lejos de allí.

—¿Fuma usted, Daik?—dijo el

funcionario, ofreciéndole unos cigarrillos.

—No, gracias.

—Daik, lleva usted aquí cerca de tres meses y debo decirle que su conducta ha sido ejemplar.

El hizo un gesto desdenoso.

—¿Y por qué no?—exclamó.

—Usted nunca me proporcionó molestia alguna, Daik, y se lo agradezco. He tratado de aliviar su situación hasta donde la ley me lo permite.

—Usted ha sido muy bueno conmigo, señor director, y usted también, padre—contestó el joven sin perder la calma.

El director sacó de un cajón un sobre conteniendo unos billetes de Banco, y dijo:

—Este es el dinero que usted tenía cuando vino aquí, y que yo he guardado. Aproximadamente quinientos dólares. ¿Qué hago con ellos?

Sin perder su admirable serenidad, el reo hizo un gesto de duda. ¿Qué significaba para él el dinero? ¿Qué le importaba nada del mundo?

—Yo no sé...—dijo.

—¿A quién quiere usted que se los envíe?

—Yo...

—¿No tiene usted a nadie? ¿Algún pariente?—indicó el bondadoso cura.

—¡Oh, sí, sí tengo! Pero no puedo... Es decir, sin...

Y la luz que por un instante había brillado en sus grandes ojos volvió a apagarse de repente.

—Sin dar a conocer quién es usted, ¿no es eso?—indicó el director.

—Sí, pero no se ocupe de ello—contestó el muchacho recobrando su alterada serenidad.

—Son las reglas de la prisión. Yo no puedo disponer de este dinero ni guardarlo aquí. ¿Qué hago con él?

Dik permaneció impasible, pero acuciado por la nueva insistencia de sus interlocutores, acabó por decir:

—Ya se me ocurrirá algo. Déjelo ahora.

Escuchóse el timbre del teléfono. El director se puso al aparato.

—¿Quién habla?—dijo—. ¡Ah, bien!... Sí, sí... El señor gobernador me telefoneó con respecto a esa joven... Sí... Que la registren y que pase después aquí... Conforme.

Colgó el auricular, y mirando fi-

jamente a Daik, le dijo, midiendo el efecto que le iban a producir sus palabras:

—Ahí hay una joven que desea hablar con usted. ¿Desea verla?

—¿Una joven? ¿Qué es lo que quiere?

—Cree que usted pueda ser su hermano y viene desde muy lejos para convencerse—agregó el director con vaga lentitud.

Ni un músculo de su rostro se contrajo. Imperturbable, firme en ocultar sus sentimientos, Daik contestó:

—Está equivocada. Yo no tengo ninguna hermana.

—Entonces, ¿se lo digo yo o quiere hacerlo usted mismo?

—Dígaselo usted.

—Está bien.

Pero el sacerdote, cogiéndole amorosamente por un brazo, le suplicó:

—¿Y por qué no la vea, hijo mío?

La mirada de Daik, que nunca se turbaba, se posó sobre la frente pura del sacerdote.

—¿Y para qué?—dijo—. Habrá infinidad de personas que creen que pueda ser yo el hermano perdido, o el hijo o el marido.

—Pero, hijo mío, después de un viaje tan largo y penoso, ¿esa pobre muchacha se tendrá que volver con el aguijón de la duda?...

La mirada de Daik pareció reanimarse. Con un repentino interés que en nada se parecía a la indiferencia de momentos antes, preguntó:

—¿Dice usted que viene de muy lejos?

—Eso es lo que ha dicho el gobernador—contestó el director.

—Bien... entonces... ¿dónde puede verla? ¿Aquí?

—Sí, aquí mismo.

—¿Solos?

—Verá...

—No se preocupe. No intentaría escapar por nada del mundo.

Todo él resplandecía de sinceridad, de nobleza. El director y el sacerdote se miraron. En sus mentes había el mismo pensamiento. Aquel hombre no se escaparía. ¡Y quién sabe, quién sabe si aquella visitante iba a rasgar el misterio que envolvía la personalidad del preso!

—Bien—dijo el director—, podrá usted hablar a solas con ella. Acaban de llamar a la puerta. Padre, llévase a Daik al otro cuarto.

Quiero hablar primero con la muchacha. Ya le avisaré.

Desapareció el joven en compañía del sacerdote, que le estrechaba cariñosamente un brazo.

Poco antes de salir, quedó contemplando breves instantes la otra puerta por la que había de aparecer la incógnita visitante. Un breve suspiro agitó su pecho. Luego, bajando la cabeza desapareció, mientras sus labios se plegaban en un melancólico rictus.

El director dió la voz de "Adelante" y por la puerta del fondo apareció un guardia con una mujer, María.

La joven avanzó hacia el director y le dijo rápidamente, bajo un febril estado nervioso:

—¿No llego demasiado tarde, señor director?

—No, señorita.

Y mirando al guardia, el director preguntó en voz baja:

—¿Les falta mucho aún?

—Todo estará preparado en diez o quince minutos, señor.

—Cuando esté todo listo, avíseme.

—Muy bien, señor.

—Ahora váyase y permanezca en

la habitación de la derecha. Ya le avisaré.

—Perfectamente.

Desapareció el guardia, y el director avanzando hacia María, que permanecía en un rincón dando muestras de extraordinaria impaciencia, le dijo:

—Síntese, señorita. Deseo hablarla. Sólo quiero ayudarla.

—Muchas gracias.

—Me va usted a explicar por qué sospecha que Daik pueda ser su hermano—le indicó con una amabilidad de buen hombre.

María le enseñó unos papeles.

—Hemos visto este retrato en los periódicos y mi madre le encuentra cierto parecido a Carlitos. Carlitos es mi hermano. Un parecido muy grande a como él era antes...

—Usted sabe bien que por los retratos no puede uno guiarse.

Los ojos de la bella mujercita se hicieron más negros y melancólicos.

—Es cierto. Y el sufrimiento cambia las facciones, ¿verdad?

—Bastante.

El director, intrigado por la semejanza que el hermano de aquella muchacha tenía con Daik, creyó que iba a descorrerse el miste-

rio. ¡Pobre criatura, entonces! Pero ¿no sería todo aquello una suposición, una alucinación, algo sin el menor fundamento?

—Dígame—preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que no ven ustedes a su hermano?

—Cerca de diez años.

—¡Oh!... ¡Diez años! ¡Un hombre puede cambiar tanto en diez años! Casi me atrevería a asegurar que Daik no es el hombre que ustedes suponen...

—Mamá hubiera dado cualquier cosa por haber venido aquí. Ella le hubiera reconocido de veras. Pero está enferma, no puede salir de casa.

—Es lástima que no haya podido venir. El instinto maternal le hubiera hecho resolver la duda sin equivocarse. Su hermano era mayor que usted, ¿verdad, señorita?

—Seis años mayor, pero nos queríamos mucho. Yo le admiraba tanto...

No pudo contener la emoción de sus lejanos recuerdos y enjugóse discretamente unas lágrimas.

Su suave sensibilidad se sentía agitada. ¿Y si aquel hermanito bueno, compañero de juegos infantiles, de las primeras y deslumbr-

doras horas de la vida, fuese el doloroso personaje a quien la ley iba a castigar de una manera fulminante y cruel, matándole en nombre de la justicia?

—Decía usted—continuó el director amistosamente—que hace diez años que no ven a su hermano...

—Sí, señor.

—Puede con ese tiempo haber cambiado mucho. ¿Cómo va usted a reconocerlo?

—¡Oh, sí, se acordará de mí! Estoy segura. Porque era casi un hombre cuando se marchó de casa. Tenía cerca de dieciséis años. Yo, en cambio, era una niña de diez.

El director calló, recordando el mutismo en que el preso se había encerrado. ¡Ah, aunque resultase que Daik era realmente el hermano de esa pobre muchacha, era capaz de seguir en su silencio glorioso, prefiriendo morir ignorado entre las brumas de lo incógnito.

—Temo que ese individuo Daik no vaya a decirle la verdad—le indicó.

—Ya pensé en eso—contestó ella con resolución—. Sé cómo se obstina en callar su verdadero nombre. Pero yo le haré recordar, le

preguntaré cosas que ni él ni yo podríamos olvidar, observaré el efecto que le hacen mis palabras, y si es mi hermano, ¡oh, estoy segura que lo he de notar!... Estoy convencida de que la emoción ha de venderle...

—Pero ¿qué cosas son esas?

La muchachita se enterneció más.

—Mi hermano era poeta, romántico. Porque era romántico y poeta se marchó de casa para ir a la conquista de la vida, de la fortuna, de la gloria. ¡Cuánta mentira!... Cuando éramos pequeños jugábamos juntos y él me leía versos. Con esto es con lo que cuento; con lo versos.

—¿Versos?

Y el director, hombre rígido, científico, que tenía el convencimiento de que los versos no servían absolutamente para nada, se la quedó mirando con perplejidad.

—Sí, versos—siguió diciendo la mujer, con la delicada emoción con que se recuerdan las horas gratas—. Los llamábamos nuestros versos de ensueño. Todas las noches, cuando yo me iba a dormir, Carlitos y yo nos despedíamos con un verso. Yo le decía:

*En brazos del sueño y de la
noche
entrego mi alma al terminar
el día
y el manto oscuro con su negro
broche
envuelve en paz el alma mía.*

Entonces Carlitos me contestaba:

*No temas las sombras ni el
olvido
el sol de un nuevo día besará
tu frente
y de la espada rota del héroe
vencido
se forjará la espada del*

VALIENTE.

Hubo una ligera pausa. El director la escuchaba enternecido. Por obra y gracia de aquellos versos y del arte pleno de cordialidad de su recitadora, aquella oficina parecía adquirir una extraña emoción poética y delicada que contrastaba con su inalterable frialdad de siempre.

—¡Oh!—añadió María—. Si Daik es mi hermano, recordará todo esto... y los versos le emocionarán como a mí.

El director movió la cabeza co-

mo si quisiese apartar de ella la emoción que aquella escena le producía.

—Bien—dijo—. De todos modos haré traer aquí a ese hombre. Si resulta que es su hermano, puede estar con él hasta una hora. Pero si no lo es, desearía que acortara la entrevista.

—Gracias; pero usted comprenderá que no tengo otro remedio que hablarle... Yo tengo que decirle a mamá algo concreto. Es tan penosa para ella esa incertidumbre...

—Me hago cargo.

Los suaves labios de María se estremecieron.

—Y, sin embargo—murmuró—, ¡qué terrible sería que fuese Carlos! Sería mejor para mamá no saber nunca lo que ha sido de él... Para mamá... y para...

Calló y pensó que también para ella sería preferible que Daik no fuese su hermano... Si lo era, ¡pobres ensueños de amor! Rotos para siempre, ya no iba a encontrar consuelo en este mundo. Porque, ¿quién iba a quererles entonces? ¿No se apartaría Roberto, el mismo Roberto, de ella, cuando conociese aquella deshonra de la familia?

—Voy a llamar a Daik—dijo el director.

Y avanzó hacia una de las puer-

tas, mientras María apenas podía evitar el temblor de su sistema nervioso.

Daik entró lentamente en la estancia, seguido del sacerdote.

—Daik—le dijo el director—, ésta es la joven que desea verte. He decidido dejarles hablar solos.

Avanzó Daik hacia la muchacha y por un momento pareció que su cuerpo iba a girar sobre sus tacones. Inmediatamente recobró su serenidad, aquel importante don de permanecer inmutable como una es-
finge.

Pero, ¡ay! ¡Qué golpe tan terrible en su yo interior, en el fondo de su alma, en el enigma de su corazón.

Miraba fijamente a aquella mujer y la voz interna, la voz de los sentimientos eternos, la voz de la sangre, los vínculos de un pasado indestructible, le gritaban como una demanda de auxilio: ¡De rodillas, de rodillas! ¡Pronto! ¡Es tu hermana! ¡Tu hermana! ¡No! ¡No

lo niegues! Cierto que ha cambiado... que ya es más mujer, que ya no tiene aquella ingenuidad de niña... pero es aquella... la misma... la que lleva tu apellido, la de tu mismo hogar, la que tuvo por madre a tu madre... Hombre, pedazo de arcilla, arrodíllate... Es la tuya... tu hermana... tu propia hermana...

Los largos brazos le caían desalentados junto al cuerpo como es un desmayo de todas sus facultades.

Pero la voz trágica y desgarradora, la voz de la ternura y del amor, fué ahogada por la voz brutal de la razón, de la inteligencia, de la fuerza del heroísmo.

"Calla... condenada, calla... Tú no tienes ninguna hermana... tú no tienes a nadie... Eres una planta híbrida, un ser deshonrado... y la

deshonra que te envuelve no debe alcanzar a nadie más."

Vencido instantáneamente el brutal y primer impulso, Daik, que había reconocido en aquella mujer a su propia hermanita, a la dulce María de los juegos infantiles, supo dominar su impresión, serenarse con una contracción violenta y terrible.

¡A callar... a callar siempre!... Y permaneció inmóvil, firme ante María, mirándola con indiferencia como si no despertara en él esa mujer los más pequeños sentimientos.

Por su parte, María había visto avanzar a Daik... y aunque al primer instante le pareció que aquél era realmente su hermano, luego tuvo que confesarse que no le recordaba.

La imagen confusa y vaga, sombreada por la larga ausencia, del hermanito que ella conoció diez años antes, era bien distinta del hombre que estaba allí. Aquella era una figura fresca y suave, como la de un buen adolescente cuya vida se ha deslizado entre sonrisas y optimismos; este Daik era un hombre joven, cierto, pero con una juventud cansada, que denotaba el paso de sufrimientos, de sinsabores

en una larga e interminable peregrinación, dejando cada uno la semilla de sus penas.

Ni el director ni el sacerdote pudieron comprender tampoco a juzgar por aquella actitud si eran o no los dos jóvenes hermanos.

Las dos autoridades de la prisión se dispusieron a salir.

—Pueden hablar sin miedo. Les dejo solos—dijo el director.

La voz de Daik sonó sin alterar su sonido, eternamente triste.

—Gracias. Terminaremos pronto.

—No olvide usted el tiempo que hemos fijado para esta entrevista—dijo el director a María.

—¡Oh, no, señor!

—Vamos, padre.

Desaparecieron y los dos hermanos guardaron breves instantes silencio, como si nadie se atreviese a hablar en primer término. Pero María, más valerosa aun y con la duda todavía en el corazón, pues no era extraño que Daik no se pareciese al muchachito que ella recordaba de dos lustros antes, le dijo:

—Mamá quiso que viniera.

Un estremecimiento imperceptible agitó interiormente a Daik.

—¿Sí?—dijo.

—Sí, porque como no heñas sabido nada de mi hermano en tanto tiempo, ella pensó, cuando supimos de usted por el periódico.

—¿Que yo pudiera ser su hermano?

—Sí, ciertamente.

La voz interior quiso protestar otra vez, pero Daik dijo con una serenidad espartana:

—Pues ya ve que no lo soy.

—Se parece usted un poco a él —como el retrato del periódico también se parecía—, pero, por otro lado, ha pasado tanto tiempo... ¡Yo me imaginaba a Carlos tan distinto!...—suspiró la muchacha.

—Lo cierto es que yo no puedo ser hermano suyo ni de nadie porque no tengo hermanas —agregó Daik con una obstinación heroica.

—¿De veras?

Y le pareció que el corazón se le ensanchaba en una oleada de indefinible emoción.

—¿De veras! —contestó gravemente.

—¿Cuál es su nombre, su verdadero nombre?

—Daik, Jaime Daik.

—¿Está usted seguro de que ése es su nombre?—añadió la joven du-

dando, pues sabía las circunstancias que habían mediado en aquel asunto.

—¡Y tan seguro!—dijo Daik con una forzada sonrisa—. ¿Usted cree que podría mentir en una situación semejante?...

—No—insistió ella, vacilante—; pero los periódicos dijeron que Daik era, probablemente, un nombre supuesto...

—Pues se equivocaron.

María no estaba convencida aun.

—¿De dónde es usted? ¿Dónde nació?

—En Canadá, pero he vivido en todas partes—repuso sobriamente.

—¿Vivió usted alguna vez en California?

—¡No! ¡Nunca!

Y la miró de frente, sin inmutarse, con una fuerza maravillosa de disimulo, con arte realmente prodigioso.

—¿En qué trabajaba usted? ¿Cuál era su ocupación?—insistió María, que no pensaba marchar de allí sin tener el convencimiento pleno de que aquel hombre a quien la fatalidad había señalado para su víctima era o no su hermano.

—¡Oh! he hecho de todo un po-

co... y he tenido de la vida todo... menos el éxito.

—Usted fué a la escuela, ¿verdad? ¿Cursó el bachillerato?

—No pude llegar tan lejos—aseguró, desmintiéndola.

Ahora María iba a preguntar lo que consideraba fundamental, lo que le parecía había de traerle la solución del misterio.

—¿Le gusta a usted la poesía?

Por la mente de Daik pasaron las estrofas amadas por él en sus primeros días juveniles. Pero, deseando borrar de sí cuanto había constituido la vida de aquel otro hombre que ya no podía existir, contestó:

—¿La poesía? ¡No! Nunca me ha gustado.

Pero la mujer no quiso darse por vencida. Algo le decía que aquel hombre estaba mintiendo, que aquel desgraciado era su propio hermano, negando su pasado por pundonor.

Y lentamente, recalcando la frase, dándole la misma ingenua entonación que cuando era una niña, María comenzó a recitar:

*En brazos del sueño y de la
noche*

*entrego el alma al terminar
el día*

*y el manto oscuro con su negro
broche*

envuelvo en paz el alma mía.

Una violenta sacudida, una brutal convulsión agitó otra vez interiormente a Daik.

¡Ay, aquellos versos! ¡Sus rimas preferidas, que ahora le volvían a traer el perfume intenso y macedor de la primera juventud!

Le pareció encontrarse en su propia casa con aquella niña que entonces exactamente igual que ahora el mismo fragante verso. Pero con los puños cerrados, los pies juntos, firme como una estatua, Daik consiguió que su emoción no trascendiera al exterior.

María, anhelante, esperaba que Daik contestase la segunda parte de la poesía, aquella segunda parte que invariablemente decía él. Pero Daik la miraba sin comprender, como si le dominara el asombro.

—¿No recuerda estos versos? —le preguntó ella con el alma agitada por las alas de la esperanza.

—No... Todo eso me parece una tontería.

—¿Qué sigue? ¿Conoce usted la segunda estrofa?

—¡Qué sé yo!—replicó él mientras los versos de la segunda mitad volaban en círculo, como pájaros azules, en su pensamiento.

¡Ah, esta vez ya María no tuvo duda alguna de que Daik no era su hermano!

Estaba salvada. Un sentimiento de gratitud se elevó en su corazón al comprender que ya nada ni nadie podría conspirar contra su dicha amorosa. Sí, Mamá estaba equivocada. Por aquella vez el instinto maternal, tan certero y seguro siempre, había fallado. Daik era un perfecto desconocido... y el paradero de Carlos seguía envuelto en el misterio.

Se dispuso a marchar, mirando compasivamente a aquel hombre, a aquel pobre joven, ahora lleno aun de vida, y que tal vez dentro de una hora, antes quizá, estuviese ya en el sillón eléctrico, sacudido por la salvaje y brutal descarga.

—¡Adiós!—dijo con melancolía—. Usted no es Carlos, ¿verdad? Pero quería convencerme. Siento haberle apenado.

Avanzó con lentitud hacia la puerta. Los ojos de Carlos se llenaron

de una extraña humedad, pero secáronse rápidamente ante el enérgico impulso de su voluntad de hierro.

Sintió deseos de correr hacia ella, de abrazarla contra su corazón, de besar aquellas mejillas blancas y suaves, aquellas manos finas y delicadas, de sentarla sobre sus rodillas, de preguntarle cosas de mamá, la santa mamá, del hogar, de la tierra natal, de todas las cosas eternas y poéticas que hacen derramar lágrimas al hombre de menos corazón... Y Daik era poeta y, sin embargo, sacrificaba esa necesidad de su espíritu.

Quiso aún retenerla unos instantes con él, escuchar durante unos minutos más la armonía de aquella voz, que no había cambiado durante los diez años transcurridos.

—¿Pero se marcha usted tan pronto?—le dijo.

—Sí; prometí que de no ser mi hermano me marcharía en seguida. Y no lo es usted; de modo que...

—¿Regresa usted al lado de su mamá?

—Naturalmente.

El siguió interrogándola:

—Me sorprende que la haya

dejado venir sola a un sitio como éste en vez de venir ella.

—Es que está muy enferma.

—¿Enferma?

Y, recordando con tristeza a la madre ausente y lejana, continuó:

—¡Oh, lo siento muy de veras!

Pero ¿qué tiene?

—Una enfermedad moral. Sufre por la ausencia, por la falta de noticias de Carlos, por esa incertidumbre que no la deja vivir.

¡Madre mía!, sollozó el alma del desdichado. Pero, reponiéndose, exclamó:

—¡Ah! Cuando usted le diga que su hijo no es ningún criminal, que, por lo menos, no es éste, se sentirá más aliviada, ¿verdad?

—Me temo que hasta que no sepa lo que haya sido de Carlos no dejará de padecer.

—¡Pobre madre... pobre! ¡Ah, a las madres no se las debe tratar así! ¡Ojalá me hubiera portado yo mejor con la mía!—agregó con viva emoción.

María le contemplaba con piedad y dispuesta estaba a prolongar su entrevista con él...

Daik, siempre indiferente, como el hombre que evita cuidadosamente que nadie abonde en sus senti-

mientos, aunque en el alma se produzcan verdaderos cataclismos, pensó una vez más en la pobre y santa madrequita, enferma por amor a él, a su propio hijo.

Daik, con su generoso sacrificio, evitaba que la madre se considerase deshonrada; pero, ¿cómo iba a evitar que la mente de la viejecita siguiera buscando afanosamente el paradero eternamente perdido del muchacho? ¿Con qué tenacidad buscaría siempre noticias del que nunca había de volver! ¿Estaba vivo o muerto? ¿Qué hacía? ¿Era un desdichado? ¿Sería un criminal? ¿Hacia que parte de la tierra habría tendido su vuelo?

¡Madrecita! El muchacho se estremeció. El quería claridades en el alma de la madre. Deseaba alejarla del martirio de dudar, de desconocer, quería darle en cambio la seguridad de algo definitivo.

Y su gran carazón preparó un nuevo y glorioso engaño. Ahora le parecía que con ese sacrificio, con esa amputación de todos sus sentimientos filiales, lavaba la gran mancha de su crimen. ¿No le valdría algo ante el Tribunal de Dios?

—No me ha dicho usted cómo se llama—dijo de pronto a María.

—María Douglas.

El joven se pasó la mano por la frente.

—Douglas... Douglas... — dijo como si persiguiera una idea interesante—. Yo he conocido a alguien que se llamaba así... ¿Quién era?... Decía que su hermano se llamaba Carlos, ¿verdad?

—Sí. Yo le llamaba Carlitos.

—Carlos... Carlos... ¿Cómo se llamaba aquel individuo?

Y sus manos accionaban en el aire con un movimiento nervioso.

—¿Quién?—preguntó María, intrigada.

—Un momento... espere un momento... Tengo que acordarme... Lo tengo en la punta de la lengua —agregó con fingida angustia—. Douglas... Carlos Douglas... Sí... ¡Carlos Antonio Douglas!... ¡Ese es!...

—¡Ese es Carlos! ¡Ese es mi hermano!—gritó ella, estremeciéndose—. ¿Y cómo lo...?

—Ahora me acuerdo... Escuche, escuche bien... lo que le voy a decir...

—Pero...

Hablaba él rápidamente, como si tuviese miedo de que se alejasen sus ideas.

—No me interrumpa, porque sólo lo tenemos unos minutos, y quiero que lo entienda bien para que se lo repita a su mamá. Cuando América entró en la guerra, me alisté y fui enviado al frente. ¡Aquellos fueron los momentos más terribles de la guerra! Estábamos en las trincheras, los combates se sucedían interminables... No sé cómo pudimos sobrevivir aquellos días... Y una noche es un ataque al enemigo, uno de los oficiales, un capitán creo que era... no estoy muy seguro... el caso es que este oficial se destacó de entre nosotros y avanzó audazmente con ánimo de darnos ejemplo. De pronto oímos un grito angustioso. Una bala acababa de herir y de tumbar en tierra al oficial. Nosotros, agazapados en nuestras posiciones, no podíamos ir a salvarle sin riesgo inminente de perecer también. Pero entonces un soldado... me acuerdo bien... como ahora... un soldado, Carlos Antonio Douglas, salió de las trincheras para ir a recogerle. En vano le indicaban que era ir a una muerte segura... Él quiso salvar al superior...

Se interrumpió unos instantes, más que por fatiga para seguir hil-

vanando la fingida historia del héroe.

—¿Y qué? ¿Qué le pasó?—preguntó María con interés creciente.

—¿Qué iba a pasarle sino lo que todos temíamos? Otra bala hirió gravemente a Carlos, pero así y todo aquel noble soldado agarró al oficial en sus brazos y lo fué arrastrando, arrastrando hacia nuestra trinchera. Había salvado al capitán que estaba herido de gravedad, pero lo había hecho a costa de su vida. ¡Cómo le recuerdo! Murió en mis brazos, murió contemplándonos a todos mientras sus labios murmuraban: “¡Madre, madre mía!” ¡Pobre amigo! Y una vez muerto, en su chapa de identificación vimos este nombre: Carlos Antonio Douglas.

Ella rompió a llorar en voz baja.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi hermano Carlos ha muerto!—suspiró.

—Sí — repuso gravemente Daik—. Pero la mayoría de nosotros quisiéramos haber tenido la gloria de morir así. La madre que pierde un hijo de esa manera debería sentirse orgullosa.

María, serenándose algo, manifestó:

—Pero yo tenía entendido que cuando un soldado muere lo notifican a su familia y...

Carlos contempló a su hermana. A esa criatura inteligente no se le podía escapar ningún detalle. Pero él quiso deshacer cualquier pequeña duda que pudiera surgir.

—La mayor parte de las veces ni ellos mismos lo saben. Los papeles se pierden o se confunden. Escriba usted a Washington; al menos podrán decirle en qué regimiento peleó. Pero si le dicen alguna otra cosa que no sea lo que acabo de contarle, no lo crea. Como por ejemplo: Que no lo encontraron o que no... o que cumplió su servicio y fué licenciado con honores. Como le dije antes, la mayor parte de las veces ni ellos mismos lo saben. Pero lo que acabo de decirle es la verdad, y esto para su mamá debe ser un gran consuelo, pues su hijo murió como un soldado y no como un criminal.

—¡Oh, sí, Dios mío, sí!

—¿Y para usted no es también un consuelo?—preguntó mirándola con insistencia.

—Sí... sí... después de lo que habíamos temido...

Daik, que de tan hermosa mane-

ra había querido infiltrar en la mente de su hermana el heráldico fin de Carlos, dirigióse a la mesa escritorio del director y cogió un sobre cerrado que contenía unos billetes, los que él llevaba encima el llegar al penal.

—¿Querría usted hacerme un favor?—dijo—. Descaría que le diera esto a su mamá.

—No comprendo.

—Dígale que se lo manda una persona que estuvo en la guerra y vió morir a su hijo. Que lo acepte como un recuerdo. No lo abra; deje que ella lo haga.

—Pero ¿no puedo saber yo lo que es?—dijo con curiosidad.

—No; dáselo a ella—repuso con gravedad—. No es nada de valor, pero yo no tengo a quién dejárselo y ya, ya es muy tarde para que yo pueda hacer nada con ello. Que su mamá se compre una medalla de oro y la lleve en memoria de su hijo. Y usted comprese otra también y póngasela aquí... en el pecho. ¿Lo hará?

—Sí, lo haré. Y sentiré así como si la llevase por usted también—exclamó en un arranque de piedad hacia el que iba a morir.

—¡Oh, no mezcle mi nombre en

el recuerdo de un héroe como su hermano!...—dijo ahogando en la garganta un sollozo.

María se dispuso a partir. Pero ahora su alma no sólo lloraba por el recuerdo del hermanito muerto, sino por el trágico fin de ese muchacho de noble aspecto, a quien sólo el error había podido llevar a manchar de sangre sus manos.

¡Pobre Daik! ¡Y pensar que dentro de breves momentos ya se habría apoderado de él la muerte!

—¡Adiós!—dijo pugnando por contener las lágrimas—. Ha hecho usted más por mi madre y por mí de lo que usted se imagina, y le compadezco con toda mi alma... Si hubiese algo que yo pudiera hacer por usted...

La voluntad de Daik vacilaba. Iba a marcharse aquella mujer, su hermanita, su propia sangre... y tras ella... iba a llegar la muerte, terrible, cruel, insondable...

Su voz, que tenía ahora un ritmo alterado por la emoción, suplicó anhelante:

—Si usted quisiera...

—¿Qué? Diga, por favor...

—No, nada... no puedo... Ni debiera haberlo mencionado.

—Digamelo, hágalo por la memoria de mi hermano.

Aun dudó el desgraciado. Pero... sí... iba a decirlo... era su último anhelo antes de morir.

—Pues bien; desde que llegué aquí usted es la primera mujer a quien veo. ¡Me he sentido tan solo, especialmente hoy, hasta que usted vino!... Si realmente quiere usted hacer algo por mí, por la memoria de su hermano... yo no tengo ninguna hermana ni nadie a quien pueda decirle adiós... ¡Si usted quisiera decírmelo!...

—¡Oh, sí!

Se juntaron en un abrazo estrecho, dulce, conmovedor. Ella, con la divina delicadeza del alma de la mujer, rompió a llorar, y Daik la besó con el alma. ¡Patética escena!

—¡Adiós, María!

—¡Adiós... adiós!

Daik la apartó de sí y al verla tan pálida como si fuera pronto a desvanecerse, le preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Nada... nada...

Y sus lágrimas caían rostro abajo, abundantes...

—Dígame la verdad: ¿qué tiene usted?

—Nada... Es que... yo no sé por qué... pero... me estaba acordando ahora cuando me abrazaba usted... de lo que le decía a mi hermano... cuando los dos, en nuestra primera juventud... ¡Si pudiera decírselo yo a usted... aunque sólo fuese una vez más, como despedida!...

—¿Qué... qué era? — preguntó anhelante.

—Ya, ya se lo dije antes y le pareció una tontería.

—Digamelo usted otra vez.

Sin saber por qué, aquel Daik que María estaba convencida de que nada tenía que ver con ella, le recordaba a su hermano. Y dijo lentamente:

*En brazos del sueño y de la
noche...*

No pudo continuar el verso. Lanzó un doloroso gemido. Lloraba por Daik y por el hermano muerto... Y salió rápidamente de la estancia, cubriéndose el rostro con las manos, estremeciéndose a Daik con su trágica y apenada voz y el eco de los desgarradores sollozos que se iban alejando, alejando... pero que él seguía oyendo como martillazos en su corazón.

Permaneció el joven en el cuarto y sus labios murmuraron la continuación de la amada poesía, tantas veces repetida en las horas deliciosas de la adolescencia:

*No temas las sombras ni el
olvido...*

Lloraba. Esta vez el recuerdo era tan vivo y directo que, muerta ya su voluntad, las lágrimas le quemaban la cara. Pero reaccionó rápidamente, no queriendo que le viesen en su momento de debilidad, al aparecer el sacerdote, el director de la cárcel y unos guardias.

Daik miró a los recién venidos. Movi6 con energía la cabeza como sacudiendo los pensamientos de dolor. Sabía a lo que venía esa gente. Era llegada la hora.

Mirando al director, exclam6:

—Me alegro de que me haya dejado ver a esa joven. Me ha hecho comprender la suerte que es no tener una hermana o una madre.

—Entonces... ¿nada tenía que ver con usted?

—¡Nada!...

Hubo una pausa, una pausa difícil. El reo mir6 a sus visitantes,

que parecían dar muestras de impaciencia.

—Ya comprendo—dijo—. Ya pronto todo habr6 terminado para mí... Pero no habr6 terminado para ellos; ellos tendrían que seguir el camino de la vida, del sufrimiento... Un hombre debería pensar en eso... antes de hacer lo que hice yo...

Avanz6 unos pasos y dijo con decisión:

—¡Vamos ya!

El director le contempl6 con piedad. ¡Pobre muchacho!

El sacerdote asió de un brazo a Daik y le bendijo. Y mientras avanzaban hacia la puerta que conducía a la cercana cámara de la ejecución, el cura murmur6 las últimas oraciones que habrían de abrir al alma del condenado las puertas de la misericordia.

—Alzaré mis ojos hacia el infinito.

Daik, como en éxtasis, por toda contestación fué repitiendo los versos de la infancia:

No temas las sombras ni el olvido

—¡Confío en vuestra bondad y misericordia infinita!—prosiguió el cura.

*El sol de un nuevo día besará
tu frente*

Añadió Daik, fijos los ojos y el
corazón en los años felices.

—¡Infúndenos, Señor, el espíri-
tu de tu caridad!—siguió diciendo
la plegaria del sacerdote.

Y Daik continuó su oración:

*Y de la espada rota del héroe
vencido*

—¡Mi ayuda venga del Señor,
que hizo el cielo y la tierra!—con-
tinuó la voz consoladora del sacer-
dote.

Y la palabra fuerte, dramática

y un poco temblorosa de Daik, dijo
también, acabando los versos:

*Se forjará la espada del VA-
LIENTE.*

Estaban ya en la cámara de la
muerte.

Daik miró sin espanto la silla
eléctrica.

—¡Vamos!—repitió con una vo-
cecilla temblorosa.

Minutos después se izaba en la
prisión la bandera negra. La jus-
ticia estaba vengada. La muerte ha-
bía alcanzado una nueva victoria,
estrechando entre sus brazos san-
grientos una juventud.

Tres días después llegaba a su
hogar de California María Dou-
glas.

La dicha se asentó de nuevo en
aquel hogar, echando en él cimien-
tos sólidos que se llamaban amor,
unión, caridad, bondad.

La vieja señora Douglas sufrió

mucho cuando se enteró de la muer-
te de su hijo. Pero ese dolor fué
amortiguado por la gloria con que
había caído su Carlitos.

El nombre de los Douglas res-
plandecía con una luz de honor.
¡Ah, el buen Carlos no era aquel
desgraciado criminal ejecutado

unos días antes, sino el héroe, uno de los héroes a quienes la patria veneraba, enorgulleciéndose de ellos!

La anciana señora había adquirido con el dinero del pobre Daik una medalla de oro, que ahora ostentaba orgullosamente en el pecho. Y en sus oraciones diarias por el alma del hijo, no olvidaba tampoco a aquel compañero de Carlos que había desvanecido con sus declaraciones un dilema cruel.

María había adquirido también una medalla, como así lo había prometido a Daik.

Durante algunos días, el recuerdo de aquel pobre muchacho que parecía tan bueno le amargó penosamente. Pero el amor, la vida, la alegría de tener junto a sí a Roberto, la hicieron olvidar su penoso recuerdo.

—¡No sabes cuánto me alegro de haber hecho ese viaje, Roberto! —le dijo ella una tarde en que estaba tocando el piano—. Nada podrá separarnos ahora, ¿verdad?

—¡Oh, nada! —dijo él mirando el anillo que ya María había vuelto a ponerse.

—Y soy feliz, no sólo por mi...

sino también por mamá... ¡Qué orgullosa está de su héroe ahora que sabe la verdad!...

La madrecita, cerca de ellos, con los ojos cerrados, soñaba en la gloria de su hijo. Le parecía ver aquella escaramuza, aquel episodio de las trincheras, y veía a Carlos arrojándose en tierra, llevando en hombros al oficial.

Tocó María nuevas piezas en el piano y algunas marchas militares, que la vieja amaba con delirio, pues le hacían evocar la vida del adorado ausente.

María se levantó. Era ya muy tarde y rogó a su madrecita:

—Vamos, mamá... a la cama... ¡Ya es hora!...

Y del brazo de María, la vieja desapareció lentamente, mientras Roberto las contemplaba con emoción, pensando en lo bella que iba a ser su vida cuando él se casase y formase parte de aquel hogar.

La viejecita se fué a su cuarto y sus manos siguieron acariciando la medalla que pendía en su pecho como el símbolo más hermoso del amor.

Besaba la medalla y era como si besase a su propio hijo... Y aun en la noche muchas veces al desper-

tar, la vieja musitaba con un gemido suave:

—¡Hijito... hijo mío de mi alma!

Y acercaba a sus labios la me-

dalla de oro mientras la negrura de la habitación parecía llenarse de imágenes guerreras en las que siempre veía avanzar a su Carlos Antonio... a su valiente...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbé, 16. — Madrid: Perroz, 31

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Vida Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff
o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar.
El coche número 15. — Sin familia. — Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de
Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juven-
tud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casa-
nova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan,
el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo
Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La
Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne.
La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Tri-
poli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre
y Arena. — Águilas triunfantes. — El Sargento Malacara.
El Capitán Sorrell. — El jardín del Edén. — La Princesa
mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe es-
tudiante. — Anna Karenina. — El destino de la carne. — La
mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de
Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El
enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina
de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diables. — ¡Ríe,
payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Pafética.
Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Sin-
gapore. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El des-
pertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor.
Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pue-
blo! — Sombras blancas. — La copia andaluza. — Los
cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer
ligera. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahir.
Estrellas dichosas. — Esto es el cielo. — La senda del 98.
Espejismos. — Evangeline. — Orquídeas salvajes. — El
caballero. — Eguismo. — La Máscara del Diablo. — El
pan nuestro de cada día. — Vieja hidalguía. — Posesión.
Tentación. — La pecadora. — El beso. — Ella se va a la
guerra. — Los Hijos de Nadie. — El pescador de perlas.
Santa Isabel de Ceres. — Las dos huérfanas. — La Can-
ción de la Estepa. — El precio de un beso. — La rap-
sodia del recuerdo. — Delikatessen. — Del mismo barro.
Estrellados. — Cuatro de Infantería. — Olimpia. — Mon-
sieur Sans Gêne. — Sombras de gloria. — Mamba. —
Ladrón de amor y Molly (La gran parada).

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colec-
ción, considerada la Biblioteca más amena, selecta e
interesante.



Próximos números:

Las extraordinarias producciones

PRIM

(Producción nacional de interesantísimo argumento. Vida del famoso caudillo).

Interpretes: Rafael María de Labra, Carmen Viance, Manuel San Germán, Matilde Vazquez, etc.

¡De frente... marchen!

(Asunto totalmente hablado en español).

Por Buster Keaton y Conchita Montenegro.

Tempestad

(Colosal asunto de Los Artistas Asociados).

Por John Barrymore y Camilla Horn.

y

El gran charco

por Maurice Chevalier.

Muy en breve:

El precio de un beso

(Tercera edición)

Del mismo barro

(Cuarta edición)

Ladrón de amor

(Segunda edición)

Biografía novelada

del ídolo de la pantalla sonora

José Mojica

(Quinta edición)

Encargue estas novelas desde ahora,
pues la demanda es crecidísima.

Se ha puesto a la venta la

Colección de 6 postales

de

JOSÉ MOJICA

(Segunda edición)



¡Colección! la novedad del año!

Estrellas del Amor

Publicación semanal de biografías
noveladas de las grandes amadoras
de la historia

Doble interés histórico y erótico

Números publicados:

La Du Barry
Lucrecia Borgia
Mesalina
Friné
Catalina II
Salomé

Portada a todo color

Precio del tomito: **50 céntimos**

Ediciones ADÁN y EVA

Gran éxito de la nueva publicación

Novela Teatral

Aparece semanalmente publicando, noveladas,
las mejores obras de teatro

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: **30 céntimos**

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva **EVA**
Publicación semanal

Precio: **30 céntimos**

Los dos grandes éxitos de

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

La Vida, el Deseo y la Víctima

(Novela)

El loco de la masía

(Obra teatral)



E. B.

Precio: Una peseta